

encuentra Ulises á los cimmerianos «pueblo desgraciado, que rodeado siempre de espesas tinieblas no disfruta jamás de los rayos del Sol, ni aun cuando este astro sube á los cielos, ni tampoco cuando descendiendo hácia la Tierra». Más lejos, en el mismo Oceano, y por consiguiente fuera de los límites de la Tierra, fuera del imperio de los vientos y de las estaciones, nos pinta el poeta un país afortunado que llama *Elysium*, «país en el cual no se conocen ni las tempestades, ni el invierno; país donde murmura siempre un dulce céfiro, y donde los elegidos de Júpiter, hechos superiores á la suerte común de los mortales, gozan de una eterna felicidad.»

Que estas ficciones hayan tenido por base una alegoría moral ó la relación oscura de algún extraviado navegante; que hayan nacido en Grecia, ó, como podría inducirnos á creer la etimología hebraica del nombre de cimmerianos, en el oriente, y más especialmente en Fenicia; es siempre positivo que las grandes imágenes que presentan, inoportunamente trasportadas al mundo real, sucesivamente aplicadas á diversos países, y desfiguradas por explicaciones contradictorias, han embrollado de un modo singular, durante algunos siglos, la geografía y la historia. Los fenicios, que ya en tiempo de Homero habían fundado *Gades* en las orillas del Oceano, y que extraían el ámbar amarillo del norte de Europa, se guardaban muy bien de desvanecer preocupaciones tan propias para realzar el valor de sus descubrimientos y especialmente de sus mercancías; y, muy al contrario, sus pomposas mentiras habían pasado á ser proverbiales, aun entre los griegos. El occidente continuó, pues, siendo el país de las fábulas; y aun cuando, dos siglos después de Homero, la aventurera navegación de Coleo de Samos granjeó algunos conocimientos acerca de los *tirrenos*

y los *lygios* (ligurios), así como acerca de *Tarteso*, que era el Perú de aquellos tiempos, se lisonjearon los griegos de haber descubierto la situación precisa de las islas encantadas de Circe, del reino flotante de Eolo, y se envanecían sobremanera de haber visitado la terrible entrada del Oceano. No se quiso regresar de la vecindad del Eliseo sin haber visitado aquellos pueblos bendecidos del Cielo, dotados de elevada estatura, adornados de todas las virtudes, y que en sus felices moradas de occidente prolongaban sus días más allá de mil años, sirviéndoles de alimento el néctar de las flores, y de bebida el rocío del cielo. Estos *macrobianos*, es decir, hombres de larga vida, fueron trasportados más tarde por la imaginación de los escritores á los climas más diversos, á medida que se fueron multiplicando las fábulas: al Eliseo de Homero sucedieron muchas *islas Afortunadas*; las cuales, bien que nacidas en la imaginación de los poetas, se conservaron victoriosamente en la historia de la geografía, hasta el punto de que en un siglo más culto los mismos viajeros romanos creyeron reconocerlas en un grupo de islas al oeste del África, conocidas hoy día con el nombre de Canarias, á pesar de que buscasen en vano en ellas los encantos que la tradición les atribuía. Como quiera que sea, dicha fábula, enriquecida con las ficciones filosóficas de Platón y de Teopompo acerca de la *Atlántida* y de la *Merópida*, se ha perpetuado hasta nuestros días, y sirve todavía de tema á muchos ensueños históricos.

El prestigio de que gozaban las islas Afortunadas convidó á muchos escritores á que considerasen como próximos á tan feliz clima los *hiperbóreos*, pueblo maravilloso, que representan unánimemente, situado al norte de los montes Rifeos, morada ordinaria del viento Bóreas, tan temido de los griegos, y que,

según los principios de su errónea física, creían por tal posición al abrigo del helado soplo de los vientos del norte; y esta es la significación de su nombre. Estos montes Rifeos, que los más antiguos autores llaman *Rhípes*, no venían á ser más que un compuesto imaginario de objetos en sí mismos reales, tales como los montes de Tracia, que dan origen al Estrimón; las regiones donde nace el Danubio, los Alpes, los Pirineos, los montes Hercinios, y, en una palabra, todas las montañas sucesivamente conocidas en Europa; y ¿qué más? hasta el Cáucaso y el monte asiático Tauro fueron comprendidos en la misma denominación general, que parece ser un nombre apelativo para toda especie de montañas, que se tomó de algún idioma eslavo ó gótico. Cuando finalmente se empezó á distinguir á los Pirineos, y más tarde á los Alpes, fué preciso relegar hacia la Escitia los montes Rifeos con todo su acompañamiento de fábulas. Allí parece que buscó Herodoto á los hiperbóreos, á pesar de que se queja de no haber descubierto rastro alguno suyo, y de que, dispuesto en gran manera para pedir nuevas suyas á sus vecinos los *arimaspos*, personas que veían muy claro, á pesar de que sólo tuviesen un ojo, nadie supo tampoco darle razón de la morada de estos últimos.

Este historiador nos enseña que eran debidas á Hesiodo las primeras nociones sobre estos maravillosos pueblos, lo que confirma un escoliasta que atribuye al mismo poeta los primeros cuentos acerca de los *grifones*, que, no lejos de los hiperbóreos y de los arimaspos, guardaban los metales preciosos de los montes Rifeos. Aunque se hayan perdido los relatos de Hesiodo, los autores más aproximados á su tiempo colocan á los hiperbóreos, no al norte, sino al occidente; como, por ejemplo, Píndaro, que conduce

hacia las fuentes del Ister los pasos errantes de Hércules y de Perseo cuando éstos fueron á visitar aquellos pueblos que dieron á la Grecia el primer vástago del olivo, y que, coronados de laurel, queridos de Apolo, al abrigo de las enfermedades y de la vejez, pasaban su vida entre danzas y festines: pintura que conviene seguramente no menos á la Escitia que á las regiones vecinas del extremo occidental de los montes Rifeos. De la misma suerte, las islas encantadas en que guardaban las Hespéridas sus frutas de oro, y que toda la antigüedad coloca al occidente y no lejos de las islas Afortunadas, reciben el nombre de *Hiperbóreas* por autores muy versados en las antiguas tradiciones, y en el mismo sentido habla Sófocles del jardín de Febo, situado junto á la bóveda de los cielos y no lejos de las *fuentes de la noche*, es decir, del poniente.

Tantas y tan espléndidas maravillas, acumuladas en la parte occidental del mapamundi primitivo de los griegos, desterraron de sus confines á los cimmericos y sus eternas tinieblas. A medida que los relatos de los navegantes iban divulgando noticias más exactas acerca del occidente, los geógrafos y los historiadores arrinconaron al norte á los cimmericos, y, como fueron hallados en el Asia Menor y en la Germania dos pueblos de nombre algo parecido, los antiguos se empeñaron en combinar lo poco que supieron sobre las empresas guerreras de estas naciones con las primitivas descripciones poéticas; de todo lo cual resultó tal baraúnda, que desde el momento en que se pretendía mirar, á ejemplo de los antiguos, como un solo y único pueblo á los cimmericos y á los cimbrios, se puede sostener todo lo que se quiera acerca del origen, emigraciones y extinción de este pueblo. Y no es éste el único enigma geográfico que nos legaron

las antiguas tradiciones fabulosas: los hiperbóreos fueron á su vez echados de sus jardines hesperios por viajeros y geógrafos mejor informados; y cuando

los nombres históricos de iberios y celtas hubieron llenado la parte occidental de Europa, que por otra parte consideraban de tan reducida extensión, se señaló á



los hiperbóreos una isla en gran manera fértil y situada en el Oceano, en frente de la Céltica, la cual, poco más ó menos, corresponde á la Gran Bretaña. No se habla ya en verdad de olivos y laureles, pero subsisten todavía dos cosechas anuales, y, siempre queridos de Apolo, gozan aquellos pueblos el privilegio «de ver la Luna más cercana que el resto de la Tierra.» Mas, como la isla de Albión no tardó

en ser sobrado conocida para continuar dando pábulo á tales fábulas, Plinio, Pomponio Mela y otros geógrafos trasportaron los hiperbóreos á las extremidades septentrionales de la Tierra, concediéndoles un país muy abrigado y muy agradable, bien que situado debajo del mismo Polo, puesto que los días y las noches eran de seis meses, y conservándoles el privilegio de la paz, de la inocencia y

de todas las virtudes, la ausencia completa de guerras y enfermedades, pero dándonos á conocer al mismo tiempo que, hartos algunas veces de su excesiva felicidad, después de un festín y con la cabeza coronada de flores, se precipitaban desde lo alto de cierto peñasco.

En un fiel autor de antiguas tradiciones, Avieno, se explica la dulce temperatura del país de los hiperbóreos por la proximidad momentánea del Sol cuando, según las ideas de Homero, pasa durante la noche por el Oceano septentrional para volver á su palacio, situado en el oriente. Esta antigua tradición ¡quién lo creyera! no ha desagradado del todo á Tácito, el más filósofo entre los historiadores romanos, el cual no se avergüenza de contar que creían oír los habitantes del extremo de la Germania el ruido que hacía el carro del Sol al hundirse en el mar, que distinguían los rayos de su cabeza y hasta veían aparecer los otros dioses, y que á todo esto añade: «De buen grado creería que de la misma suerte que el Sol produce en el oriente el incienso y los aromas, su mayor proximidad hace, en las regiones donde se pone, transpirar los jugos más preciosos de la Tierra para formar el ámbar amarillo.» Esto es lo que los poetas habían dicho anteriormente y lo que denotaba la hermosa alegoría, según la cual el succino había nacido de las lágrimas de oro derramadas por Apolo cuando pasó al país de los hiperbóreos para llorar la muerte de su hijo Esculapio, ó bien por las hermanas de Faetonte, trasformadas en álamos, y esto es lo que significa el nombre griego del ámbar amarillo, *electron*, es decir, piedra del Sol. Mucho antes que Tácito, habían los sabios griegos asegurado que esta preciosa materia era producida y endurecida por la fuerza de los rayos solares, que suponen mayor en el occidente y en el norte. Toda esta

teoría ha nacido, según es de ver, del sistema cosmográfico de Homero, y vale tanto como las explicaciones menos maravillosas, pero no menos falsas, que muchos historiadores y geógrafos antiguos pretendieron dar de la misma producción natural, y que difieren tanto entre sí como sus opiniones sobre el río *Eridano*, en cuyas orillas se cogía el ámbar amarillo. Según las primeras tradiciones recogidas por Hesiodo, el Eridano se manifiesta entre los vagos y oscuros espacios que ocupan todo el noroeste del mapamundi de aquel siglo, y en toda la antigüedad perseveró la idea de este fabuloso Eridano, que desaguaba en el Oceano después de haber atravesado lo que más tarde se llamó *la Céltica*. Algunos griegos, empero, deseando pasar por mejor informados, aplicaron sucesivamente dicho nombre al Po, al Ródano y al Rhin, y llegaban algunas veces á reunir estos tres ríos de una manera para nosotros absurda, pero fácil de concebir, si se atiende á su sistema. Cuando los viajeros enviados por Nerón hubieron dado á conocer poco más ó menos la verdadera posición del país que produce el ámbar amarillo, oscuramente adivinada desde el tiempo de Augusto, se conservó el nombre de Eridano como un recuerdo de los siglos poéticos y fabulosos, y aplicóse al Po este vano título; mas, como algunos eruditos modernos han continuado el empeño de conservar el Eridano de Hesiodo, que han ido á buscar hasta en Rusia, les diremos que hubieran debido hallar al mismo tiempo algunos restos del carro de Faetonte, ó más bien imitar la prudente desconfianza de Herodoto, que ponía ya en duda la existencia de tal río y las maravillas de que habían sido pobladas sus riberas.

Hemos seguido á los antiguos hasta las extremidades septentrionales y occidentales de su mundo ficticio, procurando

dar á conocer el conjunto de las tradiciones primitivas, de las cuales la geografía antigua de *Europa* no se ha emancipado sino después del decurso de muchos siglos. Vamos ahora á exponer en pocas palabras los conocimientos primitivos de los griegos acerca del Asia. Sabido es que Homero describe con suma exactitud los lugares que sirvieron de teatro á los combates de los griegos y de los troyanos: la ciudad de *Ilión*, defendida por su ciudadela *Pergamo* y situada en uno de los llanos inferiores del monte *Ida*, á lo alto de una bella llanura bañada por el río *Simois*, que descende de los puntos centrales del *Ida*, y por el *Escamandro* ó *Xanto*, que bajo los muros de la misma ciudad nace de dos fuentes, caliente la una y fría la otra; los cambios sufridos por el curso de estos ríos junto á su embocadura, que ya antes del siglo de Estrabón había dado lugar á que se los confundiese; el reino de *Troya* con sus nueve provincias, entre las cuales iban comprendidos los países habitados por los licios, los darnianos, los lelejes y los cilicianos vasallos de *Príamo*; todos estos objetos que acabo de enumerar han dado materia á largas y sabias investigaciones hechas en los mismos lugares, cuyo resultado atestigua la escrupulosa exactitud del poeta en cuanto se refiere al teatro inmediato de las escenas descritas en la *Iliada*. Los *dardanis* habitaron las orillas del canal llamado ahora *estrecho de los Dardanelos* y entonces de *Helesponto*, en el cual parece haber comprendido Homero la *Propóntida* y el *Bósforo*, ó sea el canal de *Constantinopla*. Tampoco nombra al *Ponto Euxino*, pero á lo largo de las orillas de este mar conoce á los *caucónes*, los *paflagonios*, cuya principal tribu formaban los *henetos*, tenidos por descendientes de los venetos, y los *halizones*, probablemente vecinos al río *Halys*, cuyo

país, rico en minas de plata, se llamaba *Alybia*. En este último nombre cree Estrabón hallar los calybes, que algunos consideran como ascendientes de los caldeos.

Al acercarse al extremo del mar Negro, la geografía homérica toma un carácter fabuloso; pues si bien las *amazonas*, objeto de tan distintas opiniones, pertenecen todavía, en parte á lo menos, á la historia, la *Cólquida*, reino del sabio *Aetes*, se presenta sólo á las miradas del poeta en una vaga lontananza y envuelto en fabulosas nieblas. En este país de encantos, poblado de monstruos y de prodigios, coloca el palacio del Sol y el teatro de los amores de este dios con una de las muchas hijas del *Oceano*, *Persea*, nombre que recuerda un pueblo célebre; y como otros poetas colocan también el palacio del Sol en la capital de *Aetes*, en las riberas del *Oceano*, si comparamos estas circunstancias con la supuesta navegación de los argonautas por el *Fase* en el *Oceano* oriental, deduciremos de todo ello que Homero tenía en general las mismas ideas que los poetas autores de las *Argonáuticas*, y que en su sistema, como en el de los primeros griegos, el *Oceano* bañaba los límites orientales del mundo no lejos de la *Cólquida*, si bien el *lago del Sol* de que habla Homero pudiera parecer una oscura alusión al mar Caspio.

Pasando desde *Troya* al mediodía, hallamos más extensos los conocimientos del poeta, que nos habla del *Hermo*, del *Meandro* y otros ríos principales que bañan las costas occidentales del *Asia menor*. El nombre de *Asia* parece todavía reservado por Homero á una comarca muy reducida situada á orillas del río *Caystro*; y siendo, en efecto, el mismo en que las tradiciones de griegos y asiáticos fijan la morada de personajes histórico-alegóricos, á quienes atribuyen el

origen del nombre de Asia, y hallándose también allí, en tiempos más recientes, una nación llamada *Asiones*, todo induce á probarnos que el nombre de aquella deliciosa comarca, una de las primeras habitadas por los jonios, ha llegado á ser, á efecto de una extensión sucesiva, el de una vasta parte del mundo. Es de advertir que Homero no podía hablarnos del establecimiento de los jonios y de las demás colonias griegas del Asia, porque esta emigración tuvo lugar poco tiempo antes al que se supone pertenecer; y, como se refiere á los de la guerra de Troya, nos muestra los *pelasgos* y los *meonios* como principales naciones del Asia occidental, y más al sudoeste los *cares* ó *carios*, ya entonces fundadores de la antigua Mileto, que, reedificada por los jonios, fué el principal imperio de la navegación y del comercio de los griegos. Los *licios* y los *solymos* habitaron la costa meridional al pie del monte Tauró, y la llanura *Aleienna* de Homero se hallaba, según los geógrafos griegos, en Cilicia, sin que podamos salir garantes de esta explicación. El centro del Asia menor se hallaba ocupado por los *frigios*, nación numerosa, cuyo territorio se extendía entonces hasta las orillas del Helesponto.

Fuera del Asia menor, y aun desde el momento en que se deja el cabo *Chelidonium*, la geografía primitiva de los griegos vuelve á tomar un carácter vago. Es verdad que los *arimos* parecen ser los arameos ó sirios; pero ¿nos habla Homero de los de la Siria ó de la Cilicia? Unos han buscado los rastros de las erupciones volcánicas á que alude la fábula de Tifón, en la Judea y en las cercanías del mar Muerto; otros en la tierra llamada *Katakekaumene*, es decir, la Abrasada. Menos duda cabe en lo de las relaciones de los griegos con los *fenicios*, cuya ciudad principal era entonces *Sidon*, como

que sus estofas teñidas de púrpura, sus trabajos en oro y en cobre, su ciencia naval, su avidez y su astucia, proporcionan á Homero muchos de los rasgos morales con los cuales se complace en dar variedad á sus cuadros.

La antigua reputación de Egipto había llegado á oídos de Homero, quien ensalza á menudo la ciencia médica de los egipcios, considerándolos á todos como hijos de Esculapio, y llegándoles á atribuir el precioso talento de curar las enfermedades del alma por medio de un zumo llamado *nepenthe*, es decir, *sin cuidado*, que es probablemente el del opio. Llama también Homero á *Tebas* la de cien puertas, cuya gloria antigua había traspasado el Mediterráneo; pero sólo conoce al Nilo bajo el nombre de *Ægiptos*, que fué, en efecto, uno de los más antiguos de este celebrado río. Á una jornada de navegación de una de las embocaduras del río *Ægiptos* señala el poeta el puerto y la isla de *Faros*, separados entonces del continente por un canal de siete estadios. Allí, donde brilló más tarde la rica Alejandría, saltaban entonces las focas sobre una desierta playa. Despreciando el verdadero sentido de la palabra *Ægiptos*, han supuesto algunos geólogos modernos que en la época de Homero se hallaba el Delta cubierto todavía por las aguas del mar.

Desde Egipto hasta las extremidades del Mediterráneo no pudo mediar gran distancia en el mapamundi homérico, puesto que en tiempos muy posteriores asegura el autor de un libro atribuído á Aristóteles, que inmediatamente después del estrecho de las Columnas forma el Mediterráneo el golfo Sírtrico. Homero conoce esta débil porción del África bajo el nombre de *Libia* «donde los corderos nacen con cuernos y las ovejas paren tres veces al año,» lo que confirman otros testimonios. Conoce también el uso que

los africanos hacen del fruto del *lotos*, y guía los pasos errantes de Ulises á una isla habitada por los *lotófagos* ó comedores de lotos, isla que los geógrafos suponen ser la de *Zerbi*, próxima á la Sirte menor.

Un viaje hacia estas costas tan próximas á Grecia pasaba en tiempos de Homero por empresa heroica. Menelao empleó ocho años para visitar la isla de Chipre, la Fenicia, el Egipto y la Libia, y sólo los piratas y á *riesgo de la vida* pasaban en derechura de la isla de Creta á Egipto. ¿Se dirá acaso que el poeta se complacía en exagerar la ignorancia de sus compatriotas? No cabe decirlo, puesto que dos siglos mas tarde los tereos, á quienes un oráculo encargó la fundación de Cirene, tuvieron mucho trabajo para encontrar el camino de Libia, y hasta el siglo de Herodoto continuó siendo el Egipto el país de las fábulas y de las maravillas.

A menor cantidad de conocimientos positivos, mayor es el atrevimiento de los siglos en los sistemas que elaboran. De esta manera los griegos de los tiempos de Homero poblaban el oriente y el mediodía de su mapamundi, no menos que su norte y su occidente, por medio de tradiciones oscuras y de halagüeñas fábulas. Desde la supuesta comunicación del Fase con el Oceano de que acabamos de hablar, hasta la otra entrada occidental del mismo Oceano, á las orillas del disco de la Tierra, coloca Homero á los *etíopes* «los más lejanos de los hombres, que se dividen en dos partes, una hacia el occidente y otra hacia el poniente.» Entre estos etíopes habitaban los *pigmeos*, igualmente esparcidos al rededor del borde meridional de la Tierra. Los *erembos*, vecinos á los fenicios y egipcios, parecen ser los árabes, cuyo nombre oriental se escribe *Ereb*, mientras que la denominación general de *etíopes* com-

prendió sucesivamente entre los sucesores de Homero á los *cefenos*, es decir, persas, bactrios é indios; es decir, todos los pueblos que se descubrían al oriente y al mediodía. El mismo Herodoto habla todavía de los etíopes de Asia, que se han supuesto ser los habitantes de Colcos, y en ninguna época posterior vemos desarraigadas las vagas ideas de los griegos primitivos acerca de los pueblos de color oscuro, que miraban todos como una sola nación. Mas es de advertir que la geografía fabulosa del oriente y del mediodía sólo tomó creces dos ó tres siglos después de Homero, puesto que fué debida no tanto á los nobles ensueños de la poesía como á las ávidas esperanzas de los negociantes. La *India*, con sus hormigas escudriñadoras de tesoros ocultos y con sus fuentes auríferas, y la *Sabea*, con sus palacios cuajados de oro, marfil y piedras preciosas, no fueron invención de los hijos de Apolo, sino de los adoradores de Pluto, como que en tiempos de Homero las caravanas griegas no parecen haber llevado á bien ninguna empresa en el interior del Asia.

El conjunto de la geografía homérica, según acabamos de exponerla, puede hacernos comprender las tradiciones semihistóricas y semifabulosas que nos han conservado la memoria de la primera expedición importante de los griegos, es decir, del famoso viaje de los *argonautas*. Estos navegantes, que al regresar con el Toisón de oro se vieron imposibilitados por las tropas de Colcos de volver al mar Negro por el Fase, pasaron, sin embargo, por haber efectuado por mar su vuelta á Grecia. La tradición más antigua, perfectamente conforme al sistema homérico, conduce á Jasón y á sus compañeros por el Fase en el Oceano oriental; tras pasan luego el país de los etíopes; y, como en los mapamundis de la época no había probablemente golfo Arábigo, los

héroes atraviesan la Libia por tierra arrastrando su buque, y, después de una travesía de *doce días*, llegan á las riberas del golfo Sirtico y del mar Mediterráneo; ¡Tan fácil era cruzar el África en aquel fabuloso siglo! Algo más tarde Hecateo de Mileto, que había oído ó creído oír afirmar á los sacerdotes egipcios que el Nilo procedía del Oceano, llevó á los argonautas por este nuevo camino, al parecer más razonable. Nadie hubo que pensase en hacerlos pasar por el golfo Árabeto, considerado como un lago cerrado por todas partes por los primeros griegos que tuvieron de él alguna idea. Pero, como algunos poetas é historiadores más modernos quisiesen armonizar los conocimientos del siglo con las antiguas tradiciones, condujeron á los argonautas, por el *Palus Meótides* y el *Tanais*, al Oceano septentrional, y en seguida alrededor de los supuestos límites del mundo por las tierras de los hiperbóreos y de los cimmerianos hasta el estrecho de Hércules, por el cual entran en el Mediterráneo y llegan á la isla de Escheria: tal es la ruta imaginada por el falso Orfeo, que habla ya de la isla *Ierna* ó Irlanda, de los Alpes y del promontorio *Sagrado*, como el extremo occidental de Europa; nociones recogidas sin duda á los viajes de los focenses, lo que prueba que este autor no pudo ser muy anterior á Herodoto. Finalmente: cuando los na-

vegantes milesios y atenienses hubieron reconocido la no existencia del supuesto canal de comunicación entre el Palus Meótides y el Oceano, se dirigió á los argonautas por el Ister ó el Danubio, que á los ojos de los mismos sabios pasaba por dividirse en dos ramas: una que desagaba en el Ponto Euxino y otra en el Adriático; y por medio de este río de doble corriente vuelve á conducir Apolonio de Rodas los héroes griegos á su patria, á despecho de la geografía y de la armada de Colcos que bloqueaba el Bósforo.

Hé aquí, á nuestro entender, un ejemplo pasmoso de la marcha progresiva y lenta de los conocimientos geográficos, al propio tiempo que una prueba incontestable de la autoridad de que gozaba el sistema semifabuloso del cual había Homero sacado sus nociones cosmográficas. Si los griegos no se hubiesen figurado la Tierra como un disco bañado por el río Oceano y dividido en dos partes por el Fase y el estrecho de Hércules, ¿cómo hubieran podido imaginar los poetas argonauticos los diversos derroteros que hacen seguir á sus héroes? Todo queda explicado con la mayor claridad admitiendo que la geografía de Homero fué la de su siglo, y aun, con ciertas modificaciones, las de muchas generaciones siguientes.







## LIBRO SEGUNDO

Viajes y conocimientos de Herodoto.— Análisis de los principales puntos de la geografía de su siglo desde 600 hasta 430 años antes de J. C.

**L**AS vagas tradiciones y los cuentos maravillosos que reinaban en la geografía primitiva de los griegos hubieran conservado su imperio mucho tiempo si las guerras exteriores é intestinas no hubiesen obligado á muchos de ellos á buscar en climas lejanos una nueva patria, ó, cuando menos, una mina de riqueza y poderío. Los milesios y megarenses fundaron colonias comerciales alrededor del mar Negro, en donde jamás penetraron probablemente los fenicios. Corinto inventó los triremos y pobló la Sicilia de colonias, que valieron á la Italia meridional el nombre de *Magna Grecia*, y cuya navegación, por otra parte, no parece haber sido de mucho alcance. Los focenses, al huir del yugo de los déspotas, dieron á conocer la Cerdeña, la Córcega y la Galia, en la

cual fundaron á Marsella, término de sus errantes destinos; el samio Coleo, arrastrado por una tempestad, pasó el estrecho de las Columnas y fué el primer griego que navegó en el Oceano verdadero (bien diferente del Oceano fabuloso á que la musa de Homero había conducido á Ulises), y llevó de *Tarteso*, comarca de la España meridional, riquezas que inflamaron el esfuerzo de los navegantes. El celoso fenicio quiso en vano atajar el arrojado de los griegos que, según parece, hasta llegaron á proporcionarse algunos mapas geográficos y náuticos de los que habían guiado á los buques fenicios. El milesio *Anaximandro*, discípulo de Tales, indicó, á lo que se dice, el tamaño de la Tierra, compuso una esfera y trazó el primer mapamundi conocido, que corrigió su compatriota Hecateo, acompañán-

dolo con un itinerario del mundo citado por Estrabón.

Pero como Herodoto nos dice explícitamente que los geógrafos de su tiempo, posteriores á Anaximandro y á Hecateo, imaginaban la Tierra como un disco exactamente redondo y bañado por el Oceano, es muy probable que el mapamundi de los milesios correspondía en todo ó en gran parte á esta idea aceptada. Plutarco dice que Anaximandro comparaba la Tierra con un cilindro; Leucippo la convirtió en un tambor; Heráclides en una navecilla; otros preferían la forma cúbica; y no faltaron algunos que con Jenofanes y Anaximenes consideraban la Tierra como una montaña muy elevada cuya base se extendía al infinito, al paso que los astros iluminaban sus diversas partes girando en torno de ella. Todas estas tentativas prueban que la supuesta ciencia geográfica de los filósofos jonios era vaguísima y oscura. No obstante, los mapas que trazaron han podido comprender los conocimientos mutilados y adulterados de un pueblo más sabio que los griegos de entonces.

Dada semejante situación de inteligencia, resultaba un fenómeno muy raro que surgiera un hombre de juicio bastante recto y bastante sólido para despreciar todas las ideas admitidas y creer exclusivamente en lo que viera por sus propios ojos ó en lo que supiera por testigos oculares. Este hombre tan extraordinario, natural de Halicarnaso, se llamaba *Herodoto*. Es de suponer que se dedicó al comercio, ya porque era ciudadano distinguido de una pequeña república comercial, ya porque de lo contrario no se concibe naturalmente la razón de sus largos viajes, de las numerosas relaciones que supo proporcionarse entre algunos pueblos poco amigos de los griegos, y de su afectado silencio sobre la mayor parte de los objetos relativos al comercio.

Sea como fuere, resulta cierto que Herodoto supo abrir algunas sendas desconocidas anteriormente; que penetró entre los peonios, que habían habitado al parecer en la Servia actual; que visitó las colonias griegas del Ponto Euxino; que midió personalmente, según asegura, la extensión de este mar desde el Bósforo al Fase; que recorrió el interior de los países situados entre el Borístenes y el Hispanis, que forman parte de la Prusia meridional; y que tal vez viajó desde el Palus Meótides hasta el Fase, puesto que se procuró las más exactas noticias, no solamente sobre este trecho, sino también sobre la extensión del mar Caspio. Sus viajes al oriente debieron de extenderse hasta Babilonia y Susa, capital de la monarquía persa, puesto que indica los más pequeños detalles del camino y se explica frecuentemente como testigo ocular; siéndole conocido el resto de Persia por los padrones oficiales de los ejércitos y de los gobiernos de que tuvo noticia. Sus viajes al mediodía se extendieron probablemente hasta los límites de Egipto, puesto que describe todos los objetos memorables con un esmero que arguye una larga permanencia en el país; y, conociendo como conocía las sendas mercantiles de las caravanas procedentes del interior del África, claro es que supo captarse la confianza ó lisonjear los intereses de los sacerdotes egipcios que probablemente dirigian el comercio de su patria. Herodoto visitó á los colonos griegos de Cirene, tomando de ellos muchas noticias útiles; vió positivamente por sus propios ojos la Grecia europea, puesto que su descripción del famoso desfiladero de las Termópilas es la más clara de cuantas han llegado hasta nosotros; y terminó su carrera en la Italia meridional ó la Gran Grecia, donde debió dar fin á su preciosa historia.

Una sola nación se negó á comunicar á

tan infatigable viajero los descubrimientos en que cifraba el secreto de su grandeza. Herodoto visitó á Tiro, pero la poca importancia de sus conocimientos sobre el occidente de Europa y del África, prueba que no supo obtener noticia alguna de los fenicios ni de sus colonias.

Desprovistos como todos sus contemporáneos, de conocimientos astronómicos y matemáticos, jamás pensó Herodoto en reunir en un cuerpo de sistema sus numerosos descubrimientos parciales: lo único que conoce es que todos estos descubrimientos no corresponden á las ideas recibidas; y, encontrándose reducido en el mundo de Homero y de Hecateo, se permite soltar algunas pullas sobre el río Oceano, que no pudo descubrir nunca, según dice, lo mismo que sobre la redondez del disco de la Tierra, de la cual no percibió jamás indicio alguno. Ni sabe, ni cree que ningún hombre de buen sentido pretenda saber si la Tierra está ó no está rodeada de agua por todas partes. Verdad es que lo han dicho, añade en otro pasaje, más nadie lo ha probado todavía. Con todas estas dudas, que en las circunstancias de aquel tiempo tenían apariencias de razonables, Herodoto no deja de reproducir el sistema homérico cuando quiere dar algunas ideas generales y positivas: así es que se niega á admitir tres partes del mundo, y por ello la Europa, en su concepto, separada del Asia por los ríos Fase y Araxes y por el mar Caspio, le parece más larga que el Asia y la Libia ó África reunidas, sin que conozca sus límites orientales ni septentrionales; al paso que no duda que una escuadra enviada por Dario dió la vuelta al Asia desde el Indo hasta los confines de Egipto. Otro viaje emprendido por los fenicios bajo los auspicios del rey Necos, dice, ha demostrado que la Libia ó África se extiende en la misma

dirección que el Asia, es decir, que termina al norte del Ecuador; opinión que reproduce más adelante, cuando dice que la Arabia es la parte más meridional de la Tierra habitable. Todas estas ideas corresponden perfectamente al sistema homérico, según el cual el Asia y la Libia formaban la mitad meridional y oriental del disco de la Tierra.

Si consideramos ahora los pormenores de la geografía de Herodoto, empezando por Europa, veremos en ella ciertos espacios magníficamente descritos, pero separados por inmensos vacíos. «Los focenses, dice, han descubierto el *Adriático*, la *Tirrenia*, la *Iberia* y *Tarteso*.» Este último país, tan célebre por sus metales preciosos, estaba situado más allá de las columnas de Hércules, es decir, en la Andalucía moderna. Herodoto conoce en esta comarca á *Gadeira* ó Gade, célebre colonia fenicia, y sabe también que de los últimos confines de Europa se recibe estaño y ámbar amarillo; pero no se atreve á fijar la posición de las islas *Casitéridas*, de donde traían la primera de dichas mercancías, y aun cree que el río *Eridano* no pasa de ser una ficción poética. No se le esconde que en aquellas comarcas, poquísimamente conocidas, hay dos pueblos que viven en algun punto de las costas del Oceano, á saber: los *cinesios* y los *celtas*, que sus sucesores han creído hallar nuevamente en el extremo sudoeste de la península española. Ocioso fuera pedirle pormenores más positivos sobre las tierras vecinas al Mediterráneo, pues sólo habla de la Córcega, llamada *Cyrnos*, y de la Cerdeña, *Sardón*, ya conocidas por las colonias focenses, indicando además á *Marsilia* ó Marsella en un pasaje harto dudoso á la verdad.

En algunas ediciones se habla en el mismo pasaje de los *ligyos* ó ligurios, cuyo nombre suena mucho en la geogra-

fía más antigua. Hesiodo nombra á los ligurios al lado de dos grandes pueblos, á saber: los etíopes y los escitas; Eratóstenes da á España el nombre de *península Ligística*; Tucídides, copiado por Esteban de Bizancio, extiende su poderío hasta el Ebro, y también hasta el río *Sicoris*, ó Júcar (1), cerca de Valencia, aunque otros hacen terminar la Liguria en los Pirineos ó en las bocas del Ródano; una tradición establece colonias ligurias en las orillas del Tíber; un poeta llama *Circe* á una maga de Liguria; y los melodiosos cisnes del Erídano están colocados unánimemente en Liguria. La conformidad de tantas circunstancias impide desconocer aquí al gran pueblo de los celtas, cuyas tribus marítimas llevaron en su propia lengua el nombre apelativo de *ly-gour*, esto es, habitantes de las costas.

Roma era todavía desconocida de Herodoto, y el nombre de *Italia* se refiere únicamente á la Grecia Magna. La Sicilia comienza á llamarse Sicilia; los *beneti* ó *venetos* habitan en el Adriático; y apenas se hace mención de los pueblos de Iliria. La Macedonia es, al parecer, independiente de Tracia, y la Grecia europea ofrece pormenores muy extensos, que no podemos reproducir aquí, supuesto que nos limitamos á la marcha general de la ciencia.

Debemos, ante todo, fijarnos en las orillas del Ister, del Borístenes y del Tanais, en donde Herodoto ha dado un impulso muy extraordinario á la geografía. En su descripción del curso del Ister, se remonta desde su desembocadura hasta sus fuentes, y ni siquiera deja de nombrar los ríos secundarios que en él desaguan, y que son diez y seis; esto es: seis del lado septentrional y diez del me-

ridional. Entre los septentrionales se reconoce positivamente el *Porata*, que es nuestro Pruth, y el *Maris*, que es el Theiss aumentado con el Maros; y de los meridionales «el séptimo, llamado *Cius*, descende del monte Rhodope y atraviesa la cordillera del Hemo,» lo cual, aplicado á los mejores mapas modernos, indica positivamente el Isca, cerca de Sofía, denominado *Oscius* por Tucídides. Si queremos aún suponer que Herodoto ó algún otro viajero que haya remontado el río, y tomado el *Sare* por el brazo principal del Danubio (como ha sucedido en nuestros tiempos con el Missisipí y el Missouri), reconocemos sin dificultad los tres ríos restantes en el Morawa, el Drin de Bosnia, y el Culpa, de los cuales el primero se forma, como el *Brongus* de Herodoto, por la reunión de dos ríos en una hermosa llanura, y el último descendiendo del monte *Albius*, cuyo nombre recuerda el *Alpis* de nuestro autor. Esta hipótesis es sumamente cómoda para resolver muchas y muy arduas cuestiones. En efecto: ¿por qué razón dice Herodoto que el Ister nace entre los celtas, cerca de una ciudad llamada *Pirene*? Porque los pueblos célticos ocupaban la cordillera de los Alpes, y porque el nombre de Pirineos, que corresponde á los nombres céltico y germánico *Brenner* y *Finer*, se aplicaba á todos los picos colosales, de los que el monte Terglou, á cuyo pie nace el Sabe, era el que los griegos tenían más cerca. ¿Por qué razón ha habido tantos autores que hacen desembocar el Ister en el Ponto Euxino y en el Adriático á la vez? Porque el Ister de los griegos y de los ilirios no es otro que el Save, cuyas fuentes son muy cercanas á las de los ríos Istria; circunstancias que ha aprovechado Plinio para explicar la navegación de los argonautas, suponiendo que habían trasladado sus buques de una fuente á otra.

(1) El Sicoris parece corresponder mejor al Segre, afluente del Ebro.—E. C.

Concíbese en esta hipótesis muy fácilmente que Píndaro haya trasladado á las fuentes del Ister al feliz pueblo de los hiperbóreos con sus bosquecillos de laureles y de olivares, cuya opinión debía ser la del siglo de Herodoto, puesto que este escritor hace llegar por el Adriático los presentes que los hiperbóreos remitían á Dodona en Epiro, y de allí á Delos. Este desbarajuste geográfico del mundo fabuloso acarreó otros muchos: así es que las *Elétridas*, ó islas de ámbar amarillo, fueron trasladadas á la desembocadura del Po, que tomó el nombre de *Eridano*; de manera que podía muy bien decirse que el ámbar amarillo nacía al pie de los Pirineos, ó mejor de los Alpes. Tampoco faltaron historiadores que colocaran en aquellas cercanías las *Cassitéridas* ó islas de estaño; pero es probable que el fundamento de todas estas tradiciones consistía en alguna línea mercantil que empalmaba al norte de Europa con el mar Adriático.

Volviendo á la geografía de Herodoto, es de advertir que este historiador no solamente confiesa no conocer las fuentes del Borístenes, sino, lo que parece más extraordinario, que ni habla siquiera de las cataratas de este río; pero, en cambio, nos ha legado la mejor de las relaciones que tenemos sobre los *escitas*, pueblos numerosos y divididos en muchas tribus que habitaban en todo el territorio intermedio entre el Ister y el Tanais. En las orillas del Tanais vivían los más poderosos, que eran los *escitas reales*; más al oriente, esto es, en la llanura situada al norte de Crimea, donde ni aun en nuestros días se ven árboles ni trigos, vivían los *escitas nómadas* con sus rebaños; las fértiles márgenes del Borístenes, hasta las cercanías de la moderna ciudad de Kief, estaban ocupadas por los *escitas agricultores*, aunque por las fuentes del *Hipanis* ó Boug, que, lo mismo que las

del *Tiras* ó Dniester, eran entonces espaciosos lagos que posteriormente se trocaron en pantanos, se extendía otra rama de los escitas agricultores. Según Herodoto, los escitas eran una rama de los *sacios*, que formaban una numerosa nación nómada, que divagaba al este del mar Caspio; y para llegar á Europa habían pasado el *Araxes*, río de cuatro bocas que seguramente no es el *Bhas* ó Volga, ni tampoco el *Araxes* de Media, que es el único en que pensó Herodoto; mas era muy fácil que se equivocara al exponer unas tradiciones tan vagas. Los escitas habían expulsado de las orillas del Palus Meótides, un pueblo á quien los griegos, y Herodoto el primero, aplicaron el nombre probablemente fabuloso, de *cimerianos*, tomado de la geografía de Homero y de los otros poetas; mas, si bien el pueblo desapareció pronto de la historia, conservóse el nombre al *Bósforo cimerio*, que es el estrecho de Kefa (ó Kertch ó Jenikalé.)

Ninguna palabra escítica citada por Herodoto se refiere á la lengua goda, ni tampoco hay semejanza alguna entre las deidades escíticas y las de los godos. Los escitas tenían la cabellera roja, grueso y rechoncho el cuerpo; además envejecían pronto: tal es el retrato que de ellos hace Herodoto, retrato que, al parecer, conviene perfectamente á las tribus finlandesas, relegadas hoy al norte y al este de Rusia.

Entre las naciones vecinas á los escitas, Herodoto distingue los *getas*, que probablemente eran oriundos de la raza de los eslavos, según lo demostraremos al tratar de nuestra Europa, que habitaban entonces en la Bulgaria actual, y que en seguida traspusieron el Ister; los *agathyrsos*, que ocupaban la Transilvania; los *alazones*, que eran pueblos agricultores, y se extendían por la Ukrania polaca; y los *neuros*, que cultivaban el trigo

en los llanos de Volhimia; mas no es posible fijar la mansión de los *budinos*, que se habrán mezclado con una colonia griega, ni de los *melanchlænos* ó «gentes de capa negra,» acusados de antropofagía. Los *sauromatas* ó sármatas, que andando el tiempo se establecieron en Lituania, vivían entre el Don, el Volga y el Cáucaso. Á mucha distancia, al nordeste y hacia los montes Urales, había los *argippas*, que eran calvos, es decir, que se rapaban la cabeza, que tenían la nariz achata, que pasaban plaza de santos, que vivían á la sombra de un árbol, que se alimentaban de vegetales y de leche, y que jamás empuñaban las armas. Y ¿no es este, por ventura, el retrato de un alfaquí? ¿Sería imposible que estuviera ya vigente en aquellas comarcas la religión camánica? Lo cierto es que una tradición recibida entre los comerciantes griegos que iban al país de los argippas colocaba á una distancia desconocida y en dirección al este, una nación de *isседones*, que aparecen después nuevamente en la geografía como formando parte del numeroso pueblo de los *seres*, al norte de la India. Tampoco sería inverosímil sustituir en el texto de Herodoto al nombre de los *iycas* el de *tircas*, que encontramos en Plinio y en Pomponio Mela; en cuyo caso resultaría que Herodoto conocía ya de oídas á los turcos ó tártaros antiguos.

Estos conocimientos extraordinarios, relativos á tan apartados pueblos, eran exclusivamente debidos al genio del comercio, que desde las márgenes del Borístenes trillaba un camino en dirección al centro del Asia, que Herodoto consideraba como el este de Europa. Sin duda el mismo Herodoto recibió de otras caravanas indias unas ideas tan exactas y precisas como las que tuvo sobre el mar Caspio, ideas que los geógrafos posteriores despreciaron ó desnaturalizaron

para amoldarlas á los sistemas aceptados.

«El mar Caspio, dice el padre de la historia, es un mar independiente, sin comunicación alguna con el otro; puesto que todo el mar por donde navegan los griegos, que es el situado más allá de las columnas de Hércules, llamado mar Atlántico, y el mar Eritreo, son reputados como un solo y único mar. El Caspio es un mar muy diferente; tiene de largo lo que un buque puede andar al remo en quince días, y de ancho, en el punto máximo, lo que puede andar en ocho. Este mar está ceñido al oeste por el Cáucaso, y al este por las vastas llanuras de los *mesagetas*.»

Un sabio, á quien debe la historia de la geografía muchas y nuevas investigaciones, cree que la medida de Herodoto es rigurosamente exacta. «Herodoto, dice Mr. Gosselin, calculaba en 700 estadios la marcha de un buque, de manera que quince días de marcha, á razón de 700 estadios por día, forman una suma de 10,500, que, contando por estadios de 1,111 y  $\frac{1}{2}$  al grado, equivalen á 189 leguas marinas, ó sea la misma medida de las costas occidentales del mar Caspio, desde la desembocadura del Jaik hasta la del Kour, el antiguo Cirus, en el país de los caspios, donde hubo antiguamente el principal depósito del comercio de este mar. Poco después del Kour, la costa sigue hasta Esterabad en dirección al este, describiendo el máximo de la anchura del Caspio en un espacio de 100 leguas ó de 5,600 estadios, que, divididos por 700, dan como cociente exacto los ocho días de navegación de que habla Herodoto.»

Otros sabios, que no admiten el uso de estadios diferentes, consideran las medidas de Herodoto como tomadas á lo largo de las costas; pero así y todo se ajustan exactamente á los estadios olímpicos de 600 al grado. Sea como fuere, es lo

cierto que aquí se ofrece una preciosa verdad para la historia de la geografía; esto es, que en tiempo de Herodoto los comerciantes de las colonias griegas del Ponto Euxino habían tenido ya conocimiento de la verdadera naturaleza del mar Caspio, y que este descubrimiento había sido prohijado por Herodoto, que nunca quiso reunir dentro un sistema las verdades parciales que adquiriría. En tiempo de Alejandro no se habían borrado aún las verdaderas ideas sobre el mar Caspio, puesto que se creía que el Tanais nacía al oriente de este mar y que desembocaba en el Palus Meótides, lo que supone necesariamente que el mar Caspio forma un lago aislado, como dice Aristóteles muy explícitamente. Mas apenas quisieron los geógrafos posteriores, un Eratóstenes, un Hiparco, un Estrabón, encauzar los conocimientos adquiridos, observaron naturalmente que los lugares citados por Herodoto, dada la manera con que solían orientarse, se extendían al norte y al nordeste, mucho más allá de los límites que estos mismos geógrafos señalaban á la Tierra habitable; por cuyo motivo despreciaron ó redujeron la geografía de Herodoto. El Oceano septentrional, tal cual lo imaginaban, ocupaba la mitad del espacio que ocupa Rusia; la desembocadura del Volga formaba como un estrecho de cuatro estadios de ancho, y este supuesto estrecho parecía comunicar con el Oceano. Una vez admitida semejante hipótesis, supusieron un viaje de Patroclo, almirante de Seleuco, que saliendo del Ganges había dado la vuelta al Asia por el Este y entrado en el mar Caspio por el norte. Pero todas estas fábulas desaparecieron en cuanto se manifestaron un Marino de Tiro y un Ptolomeo que, ilustrados por nuevos descubrimientos de todo punto conformes con los del siglo de Herodoto, empujaron al norte el Oceano, que puede considerarse

como el antiguo horizonte de la geografía. Sin embargo, apareciendo de nuevo como un lago en los mapas de Ptolomeo, el mar Caspio conservó hasta el siglo décimo octavo la forma estrecha y redonda que le habían comunicado los errores precedentes; y extendido del este al oeste, en vez de extenderse del sur al norte (como Herodoto debió concebirlo), dicho mar, ó, por mejor decir, su figura imaginaria, debió chocar con las desembocaduras del Oxo y del Jaxartes: de manera que por mucho tiempo se creyó que estos ríos desaguaban en el mar Caspio.

Pasemos ahora á los conocimientos que tenía Herodoto sobre el Asia, á la que creía mucho menos extensa que Europa. «Hé aquí,—dice,—de qué partes se compone. Los persas viven hacia el mar meridional ó Eritreo. Más elevados, en dirección al norte, habitan los medas; más abajo de éstos los sapiros, y del otro lado de los sapiros los colquidios, que llegan hasta el mar del norte, en donde desemboca el Fases. Estas cuatro naciones se extienden de un mar á otro. Del lado del occidente se encuentran dos penínsulas opuestas que terminan en el mar: la una comienza por el lado del norte en el Fase, sigue las tortuosidades del Ponto Euxino y del Helesponto hasta el cabo Sigeo en la Tróada, pero del lado del sur empieza en el golfo Miriándrico, adyacente á la Fenicia hasta el promontorio Friopium, que está habitada por treinta naciones diferentes. La otra península principia en los persas, y se extiende hasta el mar Eritreo; á lo largo de este mar comprende la Persia, luego abraza la Asiria y la Arabia, y, por último, termina en el golfo Arábigo, á donde Darío hizo llegar un canal que venía del Nilo. Entre Persia y Fenicia media un vastísimo país; pero desde Fenicia la misma península se extiende á lo largo

del citado mar, por Siria, Palestina y Egipto, donde termina, sin que contenga más naciones que las tres mencionadas. Tales son las partes del Asia situadas al oeste de Persia. Los países situados hacia levante, más arriba de los persas, de los medas, de los sapiro y de los colquidios, lindan al mediodía con el mar Eritreo, y al norte con el mar Caspio y el *Araxes*, que dirige su curso hacia el oriente. El Asia está habitada hasta la India, pero más al este no hay sino comarcas desiertas sobre las que es imposible asegurar nada de lo que se diga.

«Muchas partes del Asia,—continúa Herodoto,—fueron reconocidas por Dario; el cual, deseando saber en qué parte del mar desemboca el Indo, que después del Nilo es el único río donde se encuentran cocodrilos, envió algunos buques con varios hombres seguros y veraces, entre ellos á Scillax de Carianda. Habiendo éstos salido de la ciudad de Caspatyro, descendieron río abajo hasta el Oceano; y navegando luego al occidente llegaron, treinta meses después de su partida, al mismo puesto donde se embarcaron en otro tiempo los fenicios, por orden del Rey de Egipto, para dar la vuelta á la Libia. Terminado este periplo, Dario subyugó á los indios, enseñoreándose del mar de la India. Así fué como se reconoció que el Asia, prescindiendo de su parte oriental, es en un todo parecida á la Libia.»

Sin duda quiso decir Herodoto que las costas del Asia no se extienden más al mediodía que las del África, puesto que, según hemos observado, consideraba la Arabia como la comarca más meridional de la Tierra; pareciendo que conocía la parte superior del curso del Indo desde sus fuentes hasta los confines de la Cachemira.

Nuestro plan no nos permite seguir á Herodoto en todos los puntos en que

describe el estado moral y civil de los pueblos asiáticos. En la reseña que hace de las rentas del imperio persa, menciona entre los pueblos tributarios los nombres de los *partos*, de los *chorasmianos* y de los *sogdianos*, de los que los dos últimos se conservan aún en nuestros días en los de las provincias de Kharism ó de Khovaresm y de Al-sogd. Los pueblos más orientales de la monarquía persa y de la geografía de Herodoto, después de los indios, son los *bactrianos*; al paso que al este del mar Caspio hay los feroces *masagetas*, pueblos nómadas, armados de flechas, que pelean á caballo, que tienen comunidad de mujeres, que devoran á sus padres encorvados bajo el peso de los años, que tienen abundancia de oro y cobre, pero que carecen de los demás metales. Herodoto conoce el antiguo derrotero mercantil entre la India y la Europa por el norte del mar Caspio, pues indica que las mercancías eran transportadas por el alto Indo y el Oxo, y luego después por caravanas. Al mediodía estaba la Arabia, patria llamada de los perfumes, de los bálsamos y de los aromas. Aunque los etíopes africanos tienen el cabello rizado, no sucede lo mismo con los *etíopes asiáticos*, quienes nos recuerdan los de Homero, y cuyo nombre comprendía tal vez á todos los pueblos atezados que ocupaban las costas meridionales de la monarquía.

Herodoto supone ser la India más populosa que el resto del mundo, produciendo una renta más considerable que Babilonia y Asiria. Los indios sometidos á Persia y conocidos de nuestro autor vivían en las orillas del alto Indo; cultivaban el algodón, con el que fabricaban telas, y recogían mucho oro de una manera que á primera vista parece fabulosa. «Existen enormísimas hormigas, mayores que zorros,—dice Herodoto,—que viven en el desierto del oriente índico, que acu-



mulan montones de oro mezclado con arena; y, aunque los indios acuden con sus más ligeros camellos en busca de aquellos tesoros, difícilmente se sustraen á la ferocidad de las hormigas si éstas llegan á sorprenderles.» Este cuento es reproducido con alguna que otra variante por

muchos viajeros del tiempo de Alejandro. Comparando todos los testimonios que nos quedan acerca de este punto, hallaremos acaso que lo que ha dado margen á un cuento, al parecer tan absurdo, es una especie de hiena ó de chacal que es muy común en Tartaria. Este animal,



MONUMENTO EGIPCIO

cuyo nombre indio puede haber tenido alguna semejanza con el nombre griego que significaba hormiga, suele formar, según dicen, montones de arena, bajo los cuales establece sus guaridas, y, como es sabido, las arenas de la meseta de Tartaria están generalmente cargadas de oro. De una manera parecida se ha querido explicar la tradición relativa á los *grifos*, que algunos escritores han señalado como un animal monstruoso que vive al norte de la India, al paso que Herodoto los designa únicamente como los guardianes de las minas de oro de Escitia,

cerca de los hiperbóreos. La tradición de Herodoto, tomada de un antiquísimo poema de Aristeas, contiene, al parecer, alguna alusión al laboreo de las minas emprendido desde la antigüedad más remota en las montañas del centro del Asia; pero la imaginación de los griegos ha envuelto en una nube de fábulas aquellos restos de viajes antiguos por el Asia central.

Pero es ya hora de atenernos á objetos más positivos, y de dar una mirada sobre la tercera parte del mundo conocida de Herodoto. Como hemos observado, el

padre de la historia era de parecer que el *África* terminaba muy al norte de la línea equinoccial; mas aun contrayéndose á un triángulo tan estrecho como el que así resulta de la península africana, el Egipto es el único país que describe con claridad. Nos pinta con la exactitud de un testigo ocular sus ciudades, sus monumentos, los productos de la tierra, las costumbres de los habitantes y las instituciones á la sazón vigentes; y, como que había llegado personalmente hasta las cataratas, de aquí es que al medir las costas de Egipto, desde el lago Serbonis hasta el golfo Plinthinetes, no solamente calcula con exactitud si se cuenta por estadios egipcios de 1'119 al grado, sino que esta misma medida concurre á demostrar que en el espacio de tres mil años, el Delta ha tomado poquísimos incrementos. Dejando á un lado al Egipto, los conocimientos de Herodoto, fundados en simples noticias que le habían suministrado, siguen tres líneas de dirección, á saber: la primera costea el Nilo, y acaso alcanza los mismos límites de nuestros conocimientos actuales; la otra, parte del templo de Amnón y va á perderse en el gran desierto; la tercera sigue las costas del Mediterráneo hasta los alrededores de Cartago.

Si seguimos á Herodoto á lo largo de las costas marítimas de Egipto, nos da á conocer una porción de tribus, entre las que indicaremos las más notables, á saber: los *adyrmachides*, que cocían sus manjares en la arena calentada por los rayos solares; los *nasamones*, que vivían en el interior y tenían costumbres muy singulares, como, por ejemplo, la de prestar juramento mutuo bebiendo el uno por mano del otro, como hacen actualmente los argelinos, y prostituir las novias á todos los convidados á la boda; los *psyllos*, famosos por el arte que poseían de fascinar á las serpientes, arte

que ha sobrevivido á ésta tribu; las ciudades griegas de *Cirene* y de *Barce*, situadas en la fértil y risueña costa que bordea el país de los nasamones y de los giligames; los *macios*, situados al oeste de la gran Sirte, en una comarca muy bien regada, donde el trigo producía trescientos por uno, y donde el riachuelo de *Cinyps* bañaba la colina llamada *de las Gracias*; los *lotófagos*, ya conocidos de Homero, que de ordinario no comían ni bebían otra cosa que el fruto del arbusto denominado *rhamnus lotus*; los *machlios*, cerca del río Tritón y del lago *Tritonides*, célebres uno y otro por el supuesto regreso de los argonautas á través de la Libia, y sobre los cuales Herodoto ha exagerado mucho. Este explorador infatigable, cuyos conocimientos hallan un término por este lado en las orillas de la pequeña Sirte, sabe de oídas la existencia de algunas naciones más remotas, como los *bizantos* ó *gizantos*; indica exactamente la longitud de la isla *Cyranis* ó *Cercina*; mienta á veces á *Cartago*, y aun ofrece algunos pormenores sobre el comercio mudo que hacían los cartagineses allende las columnas de Hércules, con una nación que iba á la costa á recoger los géneros que se le ofrecían y dejaba en cambio en el mismo punto cierta cantidad de oro. Verdad es que, según los testimonios más recientes y más auténticos, esta costumbre se refiere al parecer á una nación de Senegambia; mas, aunque Herodoto haya hablado en otra parte del monte *Atlas* y del promontorio *Saloeis*, no es posible sacar de su contexto un conjunto claro y preciso de sus ideas relativas al África occidental.

Ya se ve, por lo tanto, que había recibido de los sacerdotes egipcios alguna que otra noticia sobre cierto camino que arrancaba del templo de *Ammón*, situado en un oasis á diez jornadas al oeste de Tebas, capital del alto Egipto. «El

país que debía recorrerse era una meseta arenosa, cuajada de colinas, en donde brotaban aguas puras y lípidas al lado de un montón de sal.» Á diez jornadas del templo de Ammón había *Augila*, otro oasis sumamente fértil en palmas, que aun en la actualidad conserva el mismo nombre y el mismo privilegio, y que sirve de punto de descanso á las caravanas; y á diez jornadas de *Augila* y á treinta de la costa de los lotófagos se llegaba al numeroso pueblo de los *garamantas*, que, montados en carros, daban caza á los etíopes-trogloditas, sin duda para reducirlos á esclavitud, así como en los tiempos más modernos, el sultán de Bornou enviaba su caballería para cazar negros. Entre los *garamantas*, los bueyes, mientras estaban paciendo, tenían que andar hacia atrás, en razón de la enormidad de sus astas, encorvadas por delante; y á diez días de distancia había los *atarantas*, nación que, atormentada por un calor excesivo, saludaba al sol con imprecaciones, y cuyos individuos no tenían nombres propios, como sucede también en algún modo entre los habitantes de Burnou. Finalmente, á otras diez jornadas de distancia, había los *atlantos*, pueblo vecino al monte *Atlas*, que era una montaña muy alta y muy escarpada, cuya cúspide, envuelta en las nubes todo el año, era conocida por *columna del cielo*. «Más allá,—añade Herodoto,—no conozco más nombres de naciones; únicamente sé que desde Tebas hasta las columnas de Hércules se extiende un desierto arenoso, y que á diez días de distancia (sin duda desde el país de los atlantos) hay una mina de sal tan abundante, que los indígenas edifican sus propias cabañas con piedras salinas.» Esto es precisamente lo que Plinio asegura de una nación que llama *hammanientes*, y situada, en su concepto, á once jornadas al oeste de la gran Sirte; por lo

que sería una temeridad muy palmaria extender los conocimientos de Herodoto demasiado al oeste de Fezzan, y más que todo atribuirle idea alguna sobre las salinas de Tagaza, situadas al nordeste de Tembouctou; puesto que su *Atlas* no es, al parecer, otra cosa que una montaña aislada en el desierto.

Reconócese cuán ligeramente se han encomiado también por algunos los supuestos conocimientos de Herodoto sobre el Níger; mas es de todo punto imposible creer en ellos al oírle decir: «Al sur de la arenosa meseta que acabo de describir, la Libia no presenta otra cosa que desiertos sin agua, sin humedad y sin vegetación.» Verdad es que, dando crédito á Etearco, Rey de los ammonianos, cita una excursión de cinco jóvenes nasamones al interior del África. «Estos viajeros, enviados por sus camaradas con abundante provisión de agua y de víveres, comenzaron por recorrer algunos países habitados; llegaron luego á una comarca poblada de fieras, y yendo su camino en dirección al oeste, á través de los desiertos, alcanzaron una llanura arbolada, después de haber andado largo tiempo por un país sumamente arenoso. Habiéndose llegado á los árboles, empezaron á comer de sus frutos; mas, entretanto que comían, fueron atacados por unos hombrecillos de muy baja estatura, que se los llevaron á la fuerza; siendo de notar que ni los nasamones entendían su lengua, ni los hombrecillos entendían la de los nasamones. Después de haber andado á través de unos sitios muy pantanosos, llegaron á una ciudad de negros, junto á la cual corría de oeste á este un río caudaloso y poblado de cocodrilos.» Pero Herodoto cita ese viaje únicamente para probar que el *Nilo* baja del oeste; y, aunque esta aplicación sistemática induce á dudar de la realidad del viaje, Rennell cree que la comarca

inhabitada y el gran desierto de arena atravesado por los nasamones no es otra cosa que el Fezzan; que el caudaloso río tan lleno de cocodrilos es el Níger, que, efectivamente, corre al oeste del gran desierto y se aproxima unas treinta y cinco jornadas de caravana á las fronteras de Fezzan; y, por último, con lo que está igualmente conforme Mr. Larcher, que esta gran ciudad, bañada por un río tan caudaloso que corre de oeste á este, no es otra cosa que *Tembouctou*, que en realidad está bañada por el Níger ó el Nilo de los negros. Sin duda es asegurar mucho; mas, si es verdad que la vaga é insignificante relación de los nasamones debe aplicarse al Níger y no al Gir ó al río de Garama (lo que no queremos afirmar), al menos es imposible pensar en la ciudad de *Tembouctou*, que está separada del país de los nasamones por tantos desiertos, tantos ríos y tantas montañas.

Tal vez es también harto exagerada la idea de la extensión de las noticias que tuvo Herodoto sobre el Nilo mas allá de Egipto. «El país situado sobre Elefantina,—dice,—es elevado; de manera que al remontar el río se ata una cuerda por cada costado del buque como las que se atan á los bueyes; pero si se rompe la cuerda el buque es arrastrado por la fuerza de la corriente. Esta travesía exige cuatro días de navegación. El Nilo es tan tortuoso como el Meandro: tiene que navegarse del mismo modo duran *12 esquesnos* (270 estadios, ó sean unas 30 leguas marinas). En seguida se llega á una llanura muy tersa donde hay una isla formada por las aguas del Nilo, llamada *Tachompsó*, esto es, isla de los Cocodrilos, y habitada por mitades entre etíopes y egipcios. Junto á la isla hay un espacioso lago en cuya orilla viven los etíopes nómadas. Después de haberlo atravesado se entra en el Nilo, que desemboca allí; y luego, saliendo del buque,

se hacen cuarenta días de camino á lo largo del río, porque durante este trecho el Nilo está cuajado de rocas agudas que hacen imposible la navegación. En seguida se navega otros doce días en otro buque, se entra en una gran ciudad llamada *Meroe*, que, según se dice, es la capital del resto de los etíopes, y se llega al país de los *automolos* en tantos días de navegación cuantos se emplean desde Elefantina hasta la metrópoli de los etíopes. Estos *automolos*, llamados *Asmach*, esto es, *á la izquierda del rey*, descienden de aquellos 240.000 guerreros egipcios que, bajo el reinado de Psamítico abandonaron sus guarniciones y se pasaron á los etíopes, á cuyo Rey ofrecieron sus servicios. En recompensa, este Príncipe les otorgó el país de unos etíopes enemigos suyos, á quienes recibieron orden de expulsar; y, desde que los egipcios se establecieron en el país, los etíopes comenzaron á civilizarse, adoptando las costumbres egipcias.

«El curso del Nilo es conocido durante cuatro meses de camino, que se hace mitad por la corriente y otra mitad por tierra, sin comprender el curso de este río en Egipto.

«Efectivamente,—prosigue Herodoto;—calculando con exactitud, resulta que se necesitan precisamente cuatro meses para ir desde el país de Elefantina hasta el de los *automolos*. Verdad es que el Nilo procede del oeste, mas no se puede asegurar nada de él más allá del país de los *automolos*, por causa de los insufribles calores que se sienten en aquel país desierto, y no habitado.»

El único resultado positivo de este pasaje es que Herodoto conocía el verdadero Nilo, el *Bahr-el-Abiad*, que procede del sudoeste; pero las distancias, indicadas tan vagamente por jornadas de camino y de navegación, son susceptibles de las más opuestas interpretaciones. Ya se

ve que si pudiera fijarse la posición de *Meroe* se conocería poco más ó menos la de la Tierra de los Desterrados ó de los egipcios fugitivos, que forma el límite de la geografía de Herodoto, y aun de toda la geografía antigua, puesto que tenemos algunos datos positivos sobre el particular. Al describir el curso del *Astaboras*, ó sea del mismo río Azul ó Nilo de Abisinia, Eratósthenes dice que estos dos ríos desaguan en el gran Nilo y forman la isla de Meroe. En el propio sentido habla Agatharchides, y Diodoro llega á asegurar que dicha isla tiene 3,000 estadios de largo por 1,000 de ancho. Todos estos indicios convienen perfectamente á aquella especie de isla formada por el Tacazze y el río Azul, sobre la cual Eratósthenes coloca la ciudad de Meroe á 10,000 estadios al sur de Alejandría. Estrabón la sitúa á 5,000 estadios (unos 16 grados  $\frac{1}{2}$ ) al sur del trópico, lo que difiere muy poco de las indicaciones de Ptolomeo. Pero se encuentra, según unos, á 700 estadios, y según otros á 70 millas romanas de distancia mas allá de la confluencia del Astaboras con el gran Nilo. Todas estas medidas se concilian bastante con el testimonio de un viajero moderno, el inglés Bruce, que al norte de Chandi en Nubia observó unas ruinas magníficas, situadas enfrente de la isla de Kourkos, que al parecer corresponde á la de Tadu, donde existía, según Plinio, el puerto de Meroe (1).

Es decir, que, si esta famosa capital de Etiopía estaba situada en donde acabamos de buscarla, la tierra de los egipcios fugitivos no puede estar á mayor distancia que en el oncenno grado de latitud meridional, puesto que no distaba de

Meroe más que ésta de las cataratas. Lo cierto es que Eratósthenes la coloca efectivamente en dicho paralelo, y que las relaciones modernas nos han dado á conocer en esta mismísima comarca un pueblo que practica la circuncisión, que se dedica á prácticas supersticiosas, que habla una lengua desconocida, que se titula los *Desterrados*, y que puede muy bien ser el resto de una colonia egipcia, á pesar del nombre de *judíos* que se les ha impuesto. Más al sudoeste no conocemos el curso del Nilo sino por relaciones muy vagas; de manera que las noticias de Herodoto relativas al Nilo son iguales, aunque no superiores, por más que se diga, á las de nuestro siglo.

Sería un absurdo pretender fijar la mansión de los etiopes *macrobianos*, contra los cuales emprendió Cambises una expedición infructuosa. Puesto que estos pueblos, según se dice, se hallan establecidos en un país muy abundante en oro, están dotados de una constitución atlética, gozan una existencia muy prolongada y viven en un país situado en las extremidades de la Tierra, aunque no más al mediodía que la Arabia, por ser ésta la comarca más meridional de Herodoto, parece que debemos buscarlos, no al este, sino al oeste del África, entre los verdaderos negros, á imitación del antiguo geógrafo Dionisio el Periegete y á pesar de los comentadores modernos; á menos que se califiquen de tradiciones poéticas y populares, como los consideramos nosotros, todos los pormenores de este cuento, con las cadenas de oro de los prisioneros, la mesa del Sol y los sepulcros de cristal.

Ya no nos falta, para completar esta reseña de la geografía de Herodoto, más que considerar la relación que hace de un *Viaje alrededor del África*. «Cuando Necos, Rey de Egipto,—dice,—hubo concluído el canal que lleva las aguas del

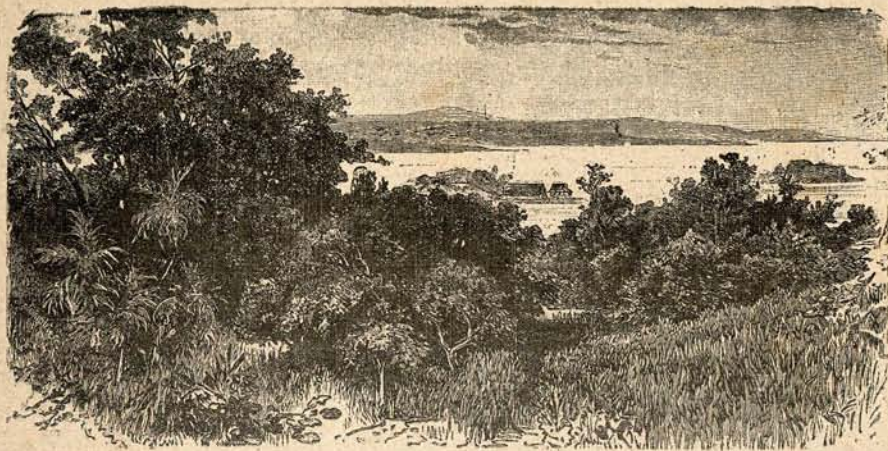
(1) Federico Cailliaud, en un viaje á Meroe y á río Blanco, de 1819 á 1822, reconoce la existencia de Meroe en el lugar mismo de Marouk, por los 16° 56' de latitud norte.—E. C.

Nilo al golfo Arábigo, envió algunos buques con cierto número de fenicios, mandando que á la vuelta entraran en el mar Septentrional por las columnas de Hércules, y que de este modo regresaran á Egipto. Habiéndose, pues, embarcado los fenicios en el mar Eritreo, llevaron el rumbo al mar Austral. Cuando llegaba el otoño, aportaban en el punto de Libia que tenían más cerca, sembraban trigo, esperaban luego el tiempo de la cosecha, y en seguida se embarcaban de nuevo. Dos años viajaron de este modo, mas al tercer año doblaron las columnas de Hércules y volvieron á Egipto, en donde refirieron que en su viaje alrededor de la Libia habían tenido el Sol á la derecha. Este hecho me parece sencillamente increíble, pero ello no obsta para que á otros les pueda parecer lo contrario. Así es como fué conocida la Libia por vez primera.»

Los que defienden la realidad de esta circunnavegación del África, comienzan por observar que, no habiendo conocido Herodoto la grande extensión de la parte meridional del África, y creyéndola terminada paralelamente á la Arabia, no ha podido imaginar ni la larga duración que atribuye al viaje de los fenicios, ni la notable circunstancia de la posición en que debieron encontrarse aquellos navegantes con respecto al Sol en cuanto pasaron la línea equinoccial; cuya circunstancia, dicen ellos, prueba tanto en favor de la tradición cuanto la ha reputado increíble el mismo historiador que la refiere. Á renglón seguido mencionan, bien que muy inoportunamente, todos los pasajes en donde los antiguos, persuadidos de que el África terminaba al norte de la zona tórrida é inaccesible, han consignado su parecer de que podía viajar en torno de ella.

Otros sabios más juiciosos han contestado que el tiempo en que se supone realizado este viaje es indudablemente sobrado corto para que pueda considerarse como real y verdadero puesto que Escillax empleó treinta meses para ir desde las bocas del Indo, á pesar de que no se detuvo en ninguna parte, y *Martín Beahim* puso diez y nueve meses en ir de Lisboa á las cercanías del cabo de Buena Esperanza, á pesar de que el camino estaba ya trillado por otros navegantes, y á pesar de que los instrumentos y buques de aquel tiempo eran muy superiores á los de los antiguos. Además, si los fenicios hubieran sembrado y recogido trigo en las costas australes del África, hubieran observado indudablemente la marcha de las estaciones, que en el hemisferio austral es opuesta á la de nuestros climas, puesto que la novedad del fenómeno no podía menos de llamar su atención. Pero lo que sobre todo nos induce á impugnar el viaje de los fenicios, ó cuando menos á no ver más que una antigua tradición adulterada, es que al discutir y aun al probar sistemáticamente la posibilidad de una navegación alrededor del África, nadie admitió jamás como prueba la relación de Herodoto (1).

(1) Son muchos los sabios que no han dejado vencerse por las razones de Malte-Brun y admiten todavía la realidad del viaje de los fenicios alrededor del África; uno de ellos Miot de Melito, quien, en su traducción de la *Historia* de Herodoto, apoya su opinión principalmente en el hecho que á Herodoto le parece increíble. «Es evidente,—dice,—que, aun cuando los fenicios hubiesen atravesado el trópico de Capricornio para ir á doblar el cabo de Buena Esperanza, habían de ver, mirando el Sol, el movimiento aparente de este astro de derecha á izquierda, porque tenían el norte delante, el oriente á la derecha y el occidente á la izquierda.»



## LIBRO TERCERO

Periplos de Hanón y de Escillax.—Eudoxio, Aristóteles y otros.—Desde el año 430 antes de J. C. hasta la expedición de Alejandro (año 334)

**C**OMO no hemos querido presentar las noticias diseminadas de Herodoto bajo la forma de un *sistema*, que á buen seguro no reconociera él mismo, sino tan sólo analizar su geografía, hemos debido dejar á nuestros lectores en una especie de incertidumbre sobre el supuesto viaje de los fenicios alrededor del África. Llevado de su acostumbrada buena fe, el padre de la historia se abstiene de tomar un partido positivo sobre esta tradición popular, y la refiere únicamente para someterla al juicio de sus lectores. Compréndese que los partidarios del viaje de los fenicios pueden todavía replicar en estos términos: «Esta tradición, medio desfigurada, encierra el recuerdo de las grandes expediciones emprendidas por los fenicios en los siglos más remotos; pues, aunque

sus circunstancias están adulteradas, el hecho principal es cierto;» pero nosotros probaremos que este modo de discurrir no está conforme con las reglas de la sana crítica.

Por de pronto, ¿cómo se explica que un descubrimiento tan extraordinario, un descubrimiento que debiera cambiar todas las ideas recibidas por los coetáneos, haya podido perderse y desaparecer completamente, sin dejar rastro alguno, ni aun entre el pueblo á cuya habilidad se atribuye? ¿Cómo es que los cartagineses no se aprovecharon de los conocimientos adquiridos por los navegantes del rey Necos, siendo así que á su regreso debieron tocar en Gades, que era una ciudad aliada de Cartago? Muy al contrario; pues no solamente los cartagineses dieron á conocer á Herodoto la tentativa

del persa Sataspes, que, deseando dar la vuelta al África, se vió detenido por las yerbas flotantes de los alrededores de las Canarias, sino que también acometieron al mismo objeto un ensayo infructuoso, y del que ha llegado á nuestras manos una relación auténtica que vamos á traducir del original (Periplo de Hanón).

«Los cartagineses dispusieron que Hanón navegase allende las columnas de Hércules para fundar ciudades libifeniicias; y Hanón se hizo á la vela con una flota de sesenta buques de cincuenta remos, que llevaban á bordo treinta mil personas, entre hombres y mujeres; víveres y otros artículos necesarios. Después de habernos hecho á la vela y navegado durante dos días más allá de las Columnas, echamos los cimientos de una ciudad llamada *Thymiateriön*, situada en una espaciosa llanura; y, continuando la navegación hacia el oeste, llegamos al promontorio de Libia, llamado *Soloé*, cubierto de frondosos bosques, en donde erigimos un altar á Neptuno. Desde el cabo Soloé navegamos medio día en dirección al este, hasta llegar á un estanque situado cerca del mar y lleno de elevados cañaverales, en tanto que por sus orillas estaban paciendo una multitud de elefantes y de otros animales silvestres. Habiendo traspuesto dicho estanque en una jornada de navegación, fundamos en el mar las ciudades siguientes: *Caricum-Teichos*, *Gytte*, *Acra*, *Melitta* y *Arambe*. Prosiguiendo nuestra derrota llegamos al caudaloso río *Lixo*, que viene de Libia, y en cuyas márgenes los lixitas nómadas apacentaban sus rebaños. Allí permanecemos algún tiempo, y concluimos con ellos un pacto de amistad. En una comarca montuosa y poblada de fieras, en donde nace el Lixo, más arriba de aquellos pueblos, hay los etíopes salvajes, pero las montañas estaban habitadas por los trogloditas, hombres de una

figura extraordinaria, que, según aseguraban los lixitas, vencían en la carrera á los más veloces caballos. Tomamos algunos intérpretes entre los lixitas, y por espacio de dos días seguimos una costa desierta que se extendía al sur; pero, volviendo luego hacia el este durante un día de navegación, topamos en el fondo de un golfo con una isleta de cinco estadios de circunferencia, á la que dimos el nombre de *Cerna*, y en la cual establecimos algunos colonos. Estando en Cerna, calculamos el trecho que habíamos andado desde nuestra partida, y reconocimos que esta isla se hallaba situada enfrente de Cartago con respecto á las Columnas, como que nuestra navegación desde Cartago hasta las Columnas había durado tanto como desde las Columnas hasta Cerna. Remontando la desembocadura de un caudaloso río llamado *Chretes*, llegamos á un estanque donde había tres islas, mayores que la de Cerna; mas para llegar al fondo de aquel estanque tuvimos que emplear un día de navegación. En dichas islas había unas montañas muy altas, habitadas por salvajes vestidos con pieles de fiera, los cuales nos arremetieron á pedradas y nos obligaron á retirarnos. En seguida entramos en otro río muy caudaloso, ancho, lleno de cocodrilos é hipopótamos; pero luego volvimos á Cerna. Desde Cerna reemprendimos nuestro viaje en dirección al mediodía, y bogamos por espacio de doce días á lo largo de la costa, cuyos moradores eran unos etíopes que parecían evitar nuestra presencia, según huían; pero nuestros intérpretes lixitas no acertaron á comprender su lengua. El dozavo día nos hallamos á la vista de unas montañas muy altas y sombreadas por multitud de árboles odoríferos de varias especies. Durante dos días nos fuimos alejando más y más, hasta llegar á un golfo inmenso de playas llanas, y por la noche vimos brillar en



todas direcciones una multitud de fuegos más ó menos grande. Hicimos aguada, y habiendo costeadó el golfo por espacio de cinco días, llegamos á una anchurosa bahía, llamada por nuestros intérpretes *el Cuerno del Occidente*. Había en aquel golfo una grande isla, y en ella un lago de agua salobre; en este lago otra isla; y habiendo desembarcado en ella, de día no observamos sino bosques, pero de noche vimos un gran número de fuegos y oímos multitud de flautas, címbalos y tamboriles, en medio de espantosos aullidos. Es lo cierto que tuvimos miedo, sobre todo cuando nuestros adivinos nos dieron orden de abandonar la isla inmediatamente; y, habiéndonos hecho á la vela, fuimos costeadó una tierra tan cálida como odorífera: el mar absorbía por todas partes torrentes de fuego, y era tan ardiente el sol, que los pies no podían soportar el calor. Salimos más que de prisa, y durante los cuatro días que estuvimos en el mar la tierra nos pareció de noche, por todas partes, llena de multitud de fuegos, de cuyo centro se levantaba uno mucho mayor que los otros, que parecía llegar al cielo; pero de día no se veía otra cosa que una montaña muy alta, denominada *Theon Ochema*, esto es, *el Carro de los Dioses*. Habiendo cruzado en el espacio de tres días aquellos torrentes de fuego, llegamos á una bahía llamada *Cuerno del Mediodía*, en cuyo fondo había una isla, que, como la anterior, contenía un lago, donde había otra isla poblada de salvajes. Las mujeres eran en mayor número que los hombres, tenían el cuerpo veloso, y nuestros intérpretes las llamaban *gorilles*. Nos fué de todo punto imposible coger ningún hombre, porque todos huían á través de los precipicios y se defendían á pedradas; pero cogimos tres mujeres, que, desesperadas, rompían las ataduras, nos mordían y nos arañaban con furor; por

cuyo motivo las quitamos de en medio, las desollamos y llevamos sus pieles á Cartago; no pudiendo prolongar más el viaje por falta de víveres.»

Esta importante expedición, cuya fecha, según unos, asciende nada menos que hasta la oscura época de la guerra de Troya, al paso que, según otros, tuvo lugar en tiempos de Alejandro Magno, se verificó probablemente, á tenor de las investigaciones más exactas, en tiempo de Herodoto poco más ó menos, en el siglo de oro de Cartago, ya que no habían comenzado entonces aquellas guerras dispendiosas que desbarataron el sistema comercial de aquella república posteriormente tan infortunada. Parece que de vuelta de la expedición el almirante cartaginés quiso perpetuar su memoria por medio de una inscripción grabada en un templo, de donde la copió sin duda algun viajero griego, seguramente con poquísima exactitud, ó cuando menos sin una fidelidad concienzuda. Esta relación era ya conocida en Grecia antes del tiempo de Escillax, que en su *Periplo* cita los establecimientos fundados por Hanón, y que escribió, como veremos más adelante, en tiempo de la guerra del Peloponeso.

El traductor griego de la inscripción cartaginesa indica unas veces, y omite otras, los días de navegación empleados por Hanón; así es que nos es imposible fijar con exactitud los sitios observados ó descubiertos por este navegante. Dos opiniones hay sobre este punto, emitidas una y otra por sabios de primer orden. Bochart, Campomanes y Bougainville, ateniéndose principalmente á las circunstancias físicas, han extendido los descubrimientos de Hanón hasta la Senegambia y aun hasta las costas de Guinea, únicos sitios, dicen, en donde se encuentran los negros, los cocodrilos, los hipopótamos y los copiosos ríos de que

la relación hace mérito; pero Gossellín, teniendo en cuenta la conocida posición del río Lixo y de la ciudad del mismo nombre, lo mismo que de algunas medidas itinerarias citadas por Polibio, reduce los viajes de Hanón á las cercanías del cabo Noun, al sur de los estados de Marruecos, y cree que la famosa isla de Cerna no es otra que la de *Fedal*. Además, como las tablas de Ptolomeo, en el estado en que han llegado hasta nosotros, prueban que los conocimientos de los antiguos en orden al mediodía no se limitaban al cabo Noun, nuestro sabio crítico demuestra, de una manera casi irrefragable, que en las susodichas tablas hay ciertos nombres locales repetidos hasta tres veces: así es que procura hacer ver que, reduciendo estas repeticiones á su valor real, los conocimientos de Ptolomeo no traspasan el límite que ha fijado al viaje de Hanón.

Por grande que sea el respeto que merezcan los sabios cuyas opiniones acabamos de manifestar, no puede dejar de notarse que en sus hipótesis hay mucha vaguedad. Los que señalan más reducidos límites á la expedición de Hanón no han tenido en cuenta una circunstancia muy apreciable, á saber: que su relación supone *dos* viajes distintos; el uno para fundar colonias hasta la isla de Cerna, y el otro para hacer descubrimientos hasta la isla de los gorillas. En la primera de estas navegaciones escoltábale un convoy inmenso; pero en la segunda se hallaba libre y desembarazado, por cuyo motivo debió de navegar con más rapidez y confianza. Los que por lo contrario han llevado á Hanón hasta el cabo de las Tres Puntas en Guinea, no han atinado seguramente con la inverosimilitud que resulta de suponer que un navegante haya doblado el cabo Blanco y el cabo Verde sin advertirlo á ciencia cierta. Esto es precisamente lo que su-

cede con la segunda parte del viaje, emprendido desde Cerna: Hanón no encuentra promontorio ninguno y sí únicamente unas aberturas grandes semejantes á los brazos de un río; que tal es el verdadero sentido de la voz griega que se ha traducido por *cuerno*, y que ha sido ignorado de Gossellín y de Bougainville, siendo imposible traducirla por *promontorios* sin violentar las voces anteriores y las siguientes. De suerte, que si se lleva á Hanón algo más al mediodía de lo que supone Gossellín, al menos es preciso detenerle en las bahías que los mapas españoles llaman *golfo dos Medaios* y *golfo de Gonzalo de Cintra*, porque el fondo de estos golfos presenta la falaz apariencia de un copioso río; las montañas de la costa del gran desierto están cubiertas de una yerba odorífera bastante parecida al tomillo; y el aire, cuajado de vapores ígneos, ofrece con harta frecuencia la imagen de muchos volcanes inflamados. Hé aquí la costa de los *Thimiamata* ó del Incienso, donde Hanón observó de día los torrentes de fuego que parecían precipitarse en el mar; hé aquí donde debieron de faltarle los víveres; al paso que si llegara á las bocas del Senegal (donde, por otra parte, fuera muy natural observar los *cuernos* ó ríos del oeste y del sur), encontrara un país fértil, abundante y habitado por un pueblo pacífico y hospitalario.

Lo que en medio de nuestra incertidumbre nos induce á dilatar los descubrimientos de Hanón más al mediodía de lo que supone Gossellín, es la extensión de los viajes de Himilcón, emprendidos en el mismo siglo. Tras un viaje de cuatro meses, este almirante llegó á las costas de Albión ó de la Gran Bretaña, á donde iban indudablemente los comerciantes de Gades y de Cartago en busca del estaño, metal entonces precioso, que producen aún en la actualidad las minas

de Cornouailla. Aun cuando se negara que los cartagineses hubiesen penetrado más al norte; aun cuando quisiera fijarse en Asturias el asiento de un comercio de ámbar amarillo (materia que, á la verdad, se encuentra en este país), á pesar de las huellas que han dejado, al parecer, en las costas meridionales de Jutlandia; no podría menos de reconocerse que sus navegaciones septentrionales se extendían á más de cuatrocientas leguas marinas al norte del estrecho de Gibraltar; ¿qué razón habría para suponer que no llegaron á dos ó trescientas leguas por la parte del sur?

Parece también que los cartagineses han conocido una parte de las islas Canarias. Efectivamente: Diodoro nos ha legado la descripción de una isla pintoresca, importante y lejana, á donde los cartagineses habían determinado trasladar el gobierno de su república en caso de un desastre irreparable; y ya anteriormente Aristóteles había hablado de una isla parecida, cuyas delicias atraieron á muchos cartagineses, hasta que el Senado conminó con la pena de muerte á los que fueran á ella. Todas estas relaciones habían cundido hasta el Egipto, de donde Platón las trasladó á Grecia, revistiéndolas con las galas de su estilo poético. Verdad es que no está de acuerdo consigo mismo sobre la extensión de esta isla Afortunada; pues ora describe la *Atlántida* como una tierra del Oceano occidental, mayor que el Asia y el África reunidas, y situada enfrente de la entrada del estrecho de Hércules; ora la presenta como una isla de 3,000 estadios de largo y de ancho; pero de todos modos no dejaba de ser una de las más hermosas y más fértiles comarcas de la Tierra. Lo cierto es que producía abundancia de vino, de granos y de legumbres, frutos de toda especie y á cual más exquisito; sin que dejaran de encontrarse

en ella bosques dilatados, pastos abundantes, minas de varios metales, aguas calientes y minerales, y, por decirlo de una vez, todo cuanto puede servir á las necesidades y comodidades de la vida. El comercio florecía en ella bajo la protección de un gobierno excelente, y toda la isla estaba dividida en diez reinos, administrados por otros tantos reyes, descendientes de Neptuno, que, con ser independientes uno de otro, vivían en la armonía más completa. Contenía la Atlántida muchas ciudades grandes, un considerable número de villas y de aldeas á cual más rica y populosa, puertos concurridos por comerciantes de varios países, arsenales y almacenes destinados para la marina y surtidos con abundancia de todos los artículos necesarios á la construcción y equipo de las flotas nacionales. Era Neptuno, no solamente el padre y el legislador de los atlánticos, sino también su principal deidad: así es que tenía en la isla un templo de un estadio de largo, y de anchura y altura proporcionadas. El techo de aquel grande y suntuoso edificio se presentaba donde quiera radiante de oro, de plata y de marfil; y, entre las diversas estatuas de que estaba adornado, sobresalía la del dios, que era toda de oro, y tan alta que llegaba al techo. Los descendientes de Neptuno, añade el mismo filósofo, reinaron en esta isla de padres á hijos, por espacio de nueve mil años, y extendieron á lo lejos su dominación por medio de conquistas; llegando á subyugar las islas vecinas, toda el África hasta Egipto, y la Europa hasta Tirrenia, sin que la Grecia misma se hallara á cubierto de sus incursiones, sino por el valor de los atenienses, por quienes fueron rechazados. Por último, después de haber inmortalizado su nombre, aquella nación guerrera desapareció súbitamente, gracias á una inundación espantosa causada

por un terremoto, que en un día y una noche sumergió la dilatada comarca donde moraba.

Apoiados en una relación tan incierta, relación que muchos sabios consideran como fabulosa, los modernos han forjado la hipótesis del descubrimiento de América por los cartagineses; como si con el solo hecho de sumergir su isla en el fondo del Oceano no los dispensara Platón de buscarla en América, como han hecho algunos, ó en Asia, como ha querido hacerlo el sabio etimologista Latreille. Otros, como Bory de Saint-Vincent, tomando al pie de la letra la relación del filósofo ateniense, han procurado ingeniosamente demostrar la posibilidad de la desaparición súbita de la célebre Atlántida.

Mientras que los griegos de Atenas daban el carácter de novela á los viajes de los cartagineses, otros griegos se lanzaban en pos de estos atrevidos navegantes. En tiempo de la guerra del Peloponeso, un tal Escillax, diferente del que envió Dario para dar la vuelta á la Arabia, y también del que escribió contra Polibio, recopiló los itinerarios de los navegantes de su tiempo. La parte que nos queda de su colección abraza las costas del Palus-Meótides, del Ponto Euxino, del Archipiélago, del Adriático y de todo el Mediterráneo, con las costas occidentales del África, hasta la isla de Cerna. «Á mayor distancia,—dice,—el mar no es ya navegable, en razón de las espesas yerbas que le cubren.» Aquí alude al *mar de Sargassa*, situado al sur de las islas Canarias. Infinitamente más instruído que Herodoto con respecto á las costas occidentales del Mediterráneo, Escillax conoce en ellas una porción de ciudades, entre las que ya descollaba Marsella. Él es el primer griego que pronuncia el nombre, todavía oscuro, de *Roma*; y aunque exagera bastante la ex-

tensión de Cerdeña, error de que participan otros escritores de su siglo, por punto general está bien informado sobre los establecimientos de los cartagineses en África y en Sicilia; mas no parece sino que su obra ha sido muy poco conocida, aun entre los griegos del Asia, puesto que Timostenes, almirante de Ptolomeo Filadelfo, consiguió largo tiempo después gran reputación por medio de relaciones menos exactas sobre las comarcas occidentales.

Cosa de medio siglo después (unos 400 años antes de J. C.), *Eudoxio*, natural de Gnido, compuso un *Viaje alrededor del mundo*, ó más bien un *Itinerario universal*, conocido únicamente por un corto número de citas, pérdida tanto más sensible en cuanto este amigo y compañero de viaje de Platón había sido el primero que acometiera la empresa de sujetar la geografía á observaciones astronómicas; á lo cual debe añadirse que tuvo la honra de ser insultado por Estrabón, al par de Herodoto, y que, por consiguiente, sus relaciones, como las del padre de la historia, debían de ser verídicas y contrarias á los sistemas de los geógrafos. Poco tiempo después de Eudoxio vivió otro escritor célebre, á saber, *Eforo* de Cumas, que en sus obras históricas intercaló pormenores de geografía, y aun parece haber sido el primero que dividió el género humano, exceptuando á los griegos, en cuatro grandes razas, á saber: los *indios* al levante de invierno, los *etíopes* al poniente de invierno, los *celtas* al poniente de estío, y los *escitas* al levante de estío. Este primer sistema conocido sobre la diversidad de las razas, ha introducido mucha confusión en la historia y en la geografía, siendo origen de los ensueños de algunos anticuarios, que suponen oriundos de los celtas á todos los pueblos europeos.

En mucho mejor sentido y nada siste-

máticas se fundaban las ideas con que el inmortal Hipócrates, algún tiempo antes de Eudoxio y de Eforo, había escrito un tratado que debe considerarse como la obra más antigua de geografía física. Habiendo observado la influencia del aire, de los vientos y de las aguas en las enfermedades reinantes, recomienda á los médicos el estudio de las circunstancias locales de las ciudades á donde van á ejercer su profesión. Uniendo el ejemplo al precepto, penetró entre los pueblos de Escitia, cuya constitución física describe; visitó la Cólquida, donde estudió muy determinadamente la naturaleza de los climas cálidos y húmedos, recorriendo también probablemente todas las costas de Tracia, Tesalia, el Ática y el Asia menor, y aun tal vez el Egipto. El que aplique sus observaciones, y aun su teoría, á estas comarcas, no podrá menos de admirarle, si es que sabe justipreciar su mérito; pero sus comentadores, más médicos que geógrafos, han comprometido su gloria generalizando su clasificación de las temperaturas, de que nos ocuparemos en otro lugar de la presente geografía. Hipócrates está muy empeñado en dividir el mundo en solas dos partes, á saber, la Europa y el Asia, incluyendo al parecer en ésta el Egipto y la Libia; pero, como los helenistas no han comprendido que en esto se conformaba con el sistema homérico, han cometido el error de suponer grandes vacíos imaginarios en el texto.

Todas estas obras, y sin duda otras muchas de que no queda la menor noticia, fueron debidas á los griegos asiáticos, como que donde se desarrollaba con más energía el gusto por la geografía y por todas las ciencias era en las industriosas ciudades de Jonia, de Dórica y de Eolia. No queremos decir, sin embargo, que no se dedicaran á semejante estudio los hombres más instruídos de Grecia: á

sus conocimientos geográficos, aunque imperfectos, debió Jenofonte su gloria, no menos que la salvación de sus diez mil hermanos de armas, cuya famosísima retirada suministró á los griegos nuevas noticias sobre los países que componen actualmente el Kurdistán y la Armenia. Al oeste del lago de Van halló á los *carduchos*, establecidos en las montañas en donde ahora conocemos los curdos, que probablemente son el mismo pueblo; y habiendo pasado cerca de las fuentes del Tigre, del Éufrates y del Araxes, que al parecer tomó por el Fase, halló en las montañas situadas en las costas del Ponto Euxino á unos pueblos independientes y salvajes, llamados los *macrones*, que al parecer eran los *macrocephalos* de Hipócrates, y que tenían muy prolongada la cabeza, efecto de una compresión artificial; los *calibes*, divididos en dos tribus, que con la mayor intrepidez hacían uso del hierro que sacaban de sus minas; los *mosinecos*, que se alimentaban de bellotas, y hacían en público todo cuanto el pudor nos induce á sustraer á la vista de los demás; por último, los *tibarenos*, que arrojaban al mar á los viejos enfermos, y donde el marido tras el parto de su mujer se metía en la cama como un enfermo y se hacía servir por la recién parida. Todos estos pormenores, que traen á la memoria las costumbres de los salvajes americanos, demuestran cuán reciente debía de ser la civilización en el Asia misma, y cuán absurdo es suponer entre los pueblos de la antigüedad esas comunicaciones fáciles y frecuentes que en nuestros tiempos han ensanchado tanto la esfera de la geografía.

Los filósofos griegos, dedicados á meditaciones abstractas, tardaron mucho tiempo en tomar el partido de seguir la senda que les trazaron Herodoto é Hipócrates. *Aristóteles* fué el primero que dió pruebas de grandes conocimientos geo-

gráficos; como que reconoce la forma esférica de la Tierra diciendo: «Habiendo observado algunos astrónomos que ni en Chipre ni en Egipto se ven muchas estrellas visibles en Grecia, han deducido de esta circunstancia la curvatura de la Tierra, y valuado su circunferencia en 400,000 estadios.» Como que esta medida, calculada en estadios egipcios, resulta ser á poca diferencia la verdadera, es de creer que Eudoxio de Gnido la descubrió ó aprendió en su viaje á Egipto, y que la dió á conocer entre sus amigos de la escuela de Sócrates. Preludiando las sabias conjeturas de Cristóbal Colón, Aristóteles sospechó que las costas de España no debían de distar mucho de las de la India. En otro viaje representaba la Tierra habitable como una isla grande, casi ovalada, de 70,000 estadios (probablemente olímpicos) de largo, por 40,000 de ancho, y circundada por el mar Atlántico ó el Oceano, del que forman parte el *golfo Galático* al oeste, y el *golfo Índico* al este. Su mapamundi termina por el oriente en el Indo, por el occidente en el río *Tarteso* ó Guadalquivir, por el norte en los montes Rifeos, y por el sur la Libia ofrece «el caudaloso río *Chremetes*, que, bajando de las mismas montañas que el Nilo, desemboca en el Oceano.» ¿Si sería el *Chretes* de Hannon, ó tal vez nuestro Senegal, pues es muy posible que Aristóteles confundiera las fuentes del Nilo con las del Níger? Al extremo oriental del Asia, y á orillas del Oceano, coloca una cordillera llamada *Paropamisus*, de donde hace bajar el río *Bactro* (el Oxo), y otro muy copioso que llama *Araxes*, que al parecer es un compuesto fabuloso del Iaxartes ó Sir-Deria, del Volga y del Don; pues dice claramente que el Tanais es un brazo del susodicho *Araxes*. Por lo que hace al norte de Europa, apenas llega á barruntarlo, pues habla muy confu-

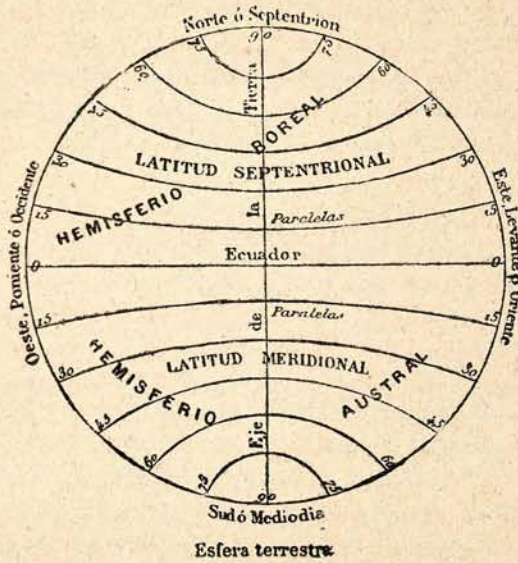
samente de los montes *Arcinios* y de los Alpes, que llama *Pirineos*; mas no deja de conocer al norte de la Céltica dos islas considerables, á saber, *Albiòn* y *Ierne*: «aunque estas islas,—dice,—no son tan grandes como las de *Taprobana* (Ceilán) más allá de la India, y de *Febol* en el mar de Arabia.»

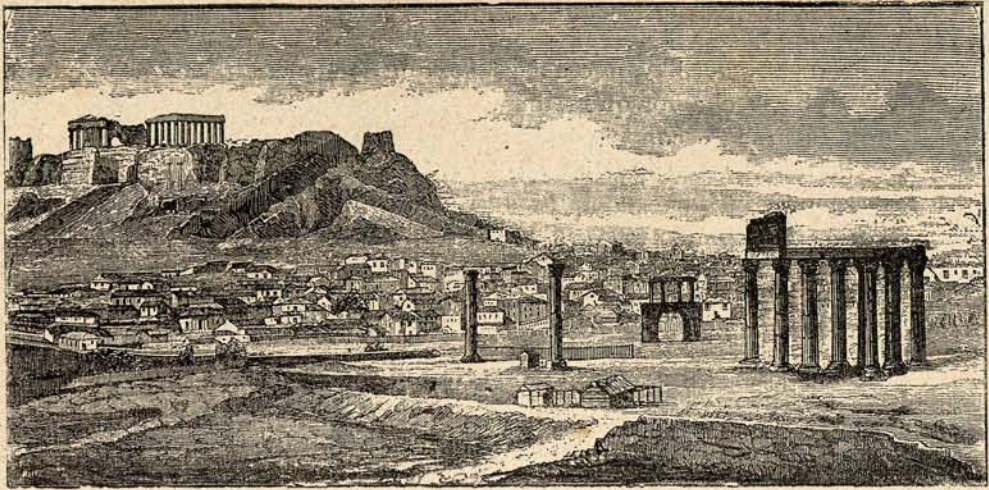
Aquí la crítica moderna no puede menos de sorprenderse al ver á Aristóteles hacer mención de Taprobana mucho tiempo antes del siglo de los Ptolomeos, y aun indicar la isla de Madagascar, llamada por los árabes *Phanbalou*. Los que con nosotros creen que la obra de *Mundo* ha salido, sino de la pluma, por lo menos de la escuela de Aristóteles, niegan, al parecer, la legitimidad de este pasaje, empeñándose en ver en él una interpolación; pero también creemos que si en general una sana crítica debe reducir á un círculo muy limitado los conocimientos positivos de los antiguos, al menos debe abrir un ancho campo á esos rumores vagos, á esas tradiciones oscuras que se han anticipado en todo tiempo á las noticias exactas; que como la incierta luz del alba tan pronto brota de las nubes como se esconde nuevamente en ellas.

De cualquier manera que nos imaginemos cuestiones tan espinosas, es imposible negar el influjo de Aristóteles en los progresos de la geografía; pues no solamente llenó de pormenores geográficos sus numerosas obras, sino que también inspiró á sus discípulos el gusto por un estudio de este género. Así es que uno de ellos, *Dicearco*, publicó una descripción de Grecia, de la que existen todavía algunos fragmentos muy bellos é interesantes, y fué el primero que procuró determinar los lugares situados bajo el paralelo de Rodas, echando de este modo los cimientos de un gran número de operaciones semejantes. *Teofrasto* dió un grande impulso á la geografía física; y el

mismo Alejandro Magno, llevando á las riberas del Hiphasis el amor que le infundiera su maestro á los conocimientos positivos, abrió á los ojos de la ciencia todos los países que quedaron sometidos á su imperio, más bien como viajero curio-

so que como conquistador precipitado. Las expediciones de este conquistador produjeron una evolución en todos los conocimientos humanos, de la que se resintió bastante la geografía, como vamos á explicar en el libro siguiente.





## LIBRO CUARTO

Expedición de Alejandro.—Viaje de Piteas.—Sistemas de Eratóstenes y de Hiparco.—Investigaciones de Polibio y de Posidonio.—Viaje de Eudoxio de Cysique.—Geografía de Estrabón.—Desde el año 334 antes de J. C. hasta su nacimiento.

**E**L conquistador macedonio llevaba en su compañía muchos geógrafos, entre los que se citan á *Diagneto* y á *Betón*, los cuales descubrieron en obras particulares las marchas del ejército, determinándolas con arreglo á las observaciones astronómicas. *Androstenes*, *Nearco* y *Onesicrito* recibieron el encargo de reconocer por mar las costas meridionales del Asia, al paso que *Calistenes*, *Aristóbulo*, *Ptolomeo* y *Cratero*, compañeros ó generales de Alejandro, hicieron algunos apuntes sobre lo que les parecía más memorable, formando de este modo ciertos diarios que dieron origen á una nueva geografía del Asia. Además, en virtud de los proyectos de Alejandro, los libros que yacían olvidados en los archivos de Babilonia y de Tiro fueron trasladados á la ciudad á

que dió su nombre; en tanto que las observaciones astronómicas y náuticas de los fenicios y de los caldeos, haciéndose más accesibles á los sabios de Grecia, les suministraron las bases matemáticas de que carecieran hasta entonces sus sistemas geográficos. Tales fueron en pocas palabras las inmensas ventajas proporcionadas á la geografía por las victorias de un héroe que, si hemos de valernos de una expresión de Quinto Curcio, sólo quería conquistar el mundo entero para darlo á conocer al género humano.

Los generales de Alejandro, reyes después de su muerte, hicieron muy pocas conquistas lejanas. *Seleuco Nicanor* fué el único que llevó sus armas victoriosas hasta orillas del Ganges; sus embajadores, *Megastenes* y *Daimaco*, llegaron á Palibothra, capital de un poderoso reino si-



tuado en las riberas del Ganges, donde recogieron una porción de noticias circunstanciadas é interesantes acerca de la historia natural, civil y moral de aquellas comarcas; al paso que el almirante *Patroclo* navegó por el Oceano indico y el mar Caspio. Sin embargo, el comercio fué el único que desplegó su genio para establecer relaciones permanentes con todos aquellos países remotos; pues fué tan grande el poder que adquirió este genio sobre los griegos en el siglo siguiente á Alejandro, que todos estaban resueltos, ni más ni menos que el comerciante de Horacio, «á huir de la pobreza á través de las olas, de los escollos y de los ardores de la zona tórrida.» Mientras que los marselleses se aprovecharon de los caminos mercantiles abiertos por *Piteas* en sus dos viajes al norte de Europa, y por *Eutimenes* en su navegación á lo largo de las costas de África hasta la desembocadura de un copioso río semejante al Nilo, y que no puede ser otro que el Senegal, los reyes griegos de Egipto abrieron un comercio directo con las costas occidentales de la India y con *Trapobana*, llamada actualmente Ceilán, por medio de los puertos de *Berenice* y de *Mioshormos*, situados en el golfo Árabe. El principal fundador de este comercio fué Ptolomeo Filadelfo (unos 250 años antes de J. C.), el cual envió á la India algunos geógrafos encargados de describir el país; y bajo el mismo reinado *Timostenes* publicó un *Portulan* ó descripción de todos los puertos, y además una obra sobre la medida de la Tierra. *Filostéfano* de Cirenes publicó muchas descripciones particulares; y su compatriota, el grande *Eratósthene*s, bibliotecario de Alejandría en tiempo de Ptolomeo Evergetes, creó un sistema completo de geografía fundado sobre bases matemáticas, y que durante cuatro siglos fué reputado como la obra clásica de la ciencia.

Sin embargo, no siendo conocida la naturaleza de los vientos periódicos, la navegación por el mar de las Indias quedó muy imperfecta. Las flotas de Ptolomeo no pasaron de las bocas del Indo, y aun esto costearon siempre: su principal comercio se hacía en las costas de Etiopía, ó en la llamada actualmente *Abesch* y *Adel*, como también en los puertos de la Arabia Feliz. A falta de buques había caravanas que iban á la India septentrional por el norte de Persia y por la Bactriana: los comerciantes bajaban el Ganges para penetrar por una parte hasta *Palibothra*, y por otra daban la vuelta á los montes *Imao* ó *Belour* para ir probablemente á la *Sérica*, que comprendía el Tibet, una parte de la pequeña *Bukharia*, la *Cachemira* y algunos de los valles en donde nacen el *Sind* y el *Ganges*; pues es cierto que *Menandro*, uno de los reyes griegos de *Bactriana*, ha reinado sobre la *Sérica*. Como quiera que fuese los escritores de geografía ignoraron por mucho tiempo este camino que llevaba al centro del Asia, y á buen seguro nosotros le conociéramos algo mejor si la destructora mano del tiempo hubiera respetado los inmensos trabajos de *Apolodoro*, llamado por sobrenombre *Periegetes*, es decir, el que ha dado la vuelta al mundo.

Hacia la misma época *Agatarchides* de Gnido publicó ciertas obras que, si hemos de juzgar por los fragmentos que nos quedan, reunían todas las circunstancias que pueden hacer interesante un libro. Parece que el sabio autor que hablaba la lengua amhárica, usada en *Abisinia*, había visitado los establecimientos de los griegos situados en las costas de Etiopía y de Arabia; su descripción, algo anovelada, del lujo y de las riquezas de los *sabeos*, ha sido reproducida por todos los historiadores y poetas, y es probable que de él tomó *Diodoro* todos los pormenores que nos ha legado sobre el estado

etíope de Meroe; siendo igualmente probable que el célebre astrónomo *Hiparco* (unos 159 años antes de J. C.) le debió sus ideas sobre una gran tierra austral que unía el oriente del África á la India. El sistema geográfico de Hiparco prueba que el cabo Guardafuí había atajado por aquel lado los descubrimientos de sus contemporáneos; pero parece que no habían dejado de recibirse algunas noticias sobre la costa del Asia de allende el Ganges. Hiparco fué el primero que probó á reducir toda la geografía á bases astronómicas; pero careciendo de un buen número de observaciones celestes, y estando resuelto á despreciar todos los demás elementos, formó un mapamundi lleno de hipótesis no menos erróneas que las de sus predecesores.

Las expediciones de los romanos contra Cartago y Numancia proporcionaron al juicioso *Polibio* la ocasión de reunir algunas noticias exactas sobre el occidente de Europa. También visitó las costas occidentales del África hasta el monte Atlas, y adquirió algunas ideas nuevas y exactas sobre la zona tórrida, que creyó habitable; pero parece que no ha combinado sus conocimientos relativos á los pormenores de manera que resultaran la armonía y el conjunto necesarios. Poco tiempo después de Polibio tuvieron lugar las indagaciones de *Posidonio*, que indujeron á la escuela de Alejandría á introducir en la graduación de los mapas de Eratósthenes tales modificaciones, que no hicieron sino aumentar los errores de la geografía matemática de aquel siglo.

Mientras procuraban los sabios, aunque en vano, crear un sistema general y exacto, el historiador Timeo de Sicilia, y el oscuro Licofrón y el erudito Apolonio, entrambos poetas, reprodujeron con ciertas modificaciones y adiciones las ideas del siglo de Homero y de los argonautas. *Siymino* de Chio quiso reves-

tir el sistema de Eratósthenes con las galas de la poesía; al paso que su contemporáneo Artemidoro compuso algunas obras importantes, cuya pérdida se hace tanto más sensible, cuanto que los fragmentos que de ellas quedan ofrecen sobre la costa de Adel y de Aján, entre otras, noticias más circunstanciadas que las de los viajeros modernos. En tiempo de Ptolomeo Fiscón y de Ptolomeo Lathure, *Eudoxio* de Cízico reanimó el entusiasmo, que se había amortiguado, de las navegaciones de Egipto á la India; pero la atrevida empresa que acometiera, ya para encontrar el camino más directo de la India, de donde había traído, según parece, los primeros diamantes, ya para probar á dar la vuelta al África por el oeste, le acarreó algunas persecuciones y una reputación oscurecida por las fábulas con que Cornelio Nepote y Pomnio Mela han querido embellecerla.

Las conquistas de Mitrídates, Rey del Ponto, lo mismo que las de su vencedor Pompeyo, restablecieron un nuevo camino de la India. Al norte de Iberia, de Albania y de los otros países caucásicos, que desde aquella fecha son mejor conocidos, había unos pueblos nómadas, á quienes se vió llevar alrededor del mar Caspio algunas mercancías de la India llevadas por la Bactriana y el Oxo; mas no por esto dejaron de subsistir las falsas ideas que se tenían así sobre este río como sobre el mar Caspio.

Con otras expediciones de los romanos ensanchóse la esfera de la geografía, ó al menos se iluminaron sus puntos oscuros: Julio César hizo conocer mejor la Galia y la Bretaña, las armas de Germánico penetraron hasta el Elba, Elio Galo reconoció el interior de Arabia, y Agripa recopiló en un cuerpo de obra, de orden de Augusto, todas las noticias que se tenían esparcidas en el mundo romano.

Tal fué, durante los cuatro siglos si-

guientes á la muerte de Alejandro, la marcha de los descubrimientos geográficos. Si nos hemos contraído, á trazar de ellos, por así decirlo, un esqueleto cronológico, es porque las obras originales de los autores que hemos citado han perecido en el gran naufragio de la antigüedad; y, como que *Estrabón* es el único que nos da á conocer la historia de la geografía durante una serie tan dilatada de años, sólo podemos pasar revista á todos los conocimientos de esos cuatro siglos analizando la célebre obra de un escritor tan elegante y erudito, aunque por desgracia sobrado parcial y afirmativo.

Es preciso ante todo indicar en pocas palabras los sistemas generales á que ajustaban los antiguos sus conocimientos relativos á los pormenores. Homero, según hemos visto, consideraba la Tierra como un disco redondo, y Herodoto como un llano de figura indeterminada, aunque infinitamente más extensa que en el sistema homérico; pero, después de muchas tentativas, los astrónomos, dirigidos, seguramente, por Eudoxio de Gnido, enseñan que la Tierra es un globo considerable, y que la circunferencia de un círculo máximo de este globo es de 400,000 estadios. Otros, entre ellos Arquímedes y Cleomedes, aseguran que la Tierra tiene 300,000 estadios de circunferencia; Hermes, entre los egipcios, ha atribuido 360,000 estadios, según aseguran, al perímetro de nuestro globo; Posidonio suponía haber medido un arco del meridiano entre Rodas y Alejandría (que no están situadas bajo el mismo meridiano), y deducía que la Tierra tenía 240,000 estadios de periferia; el mismo Posidonio no le atribuía más que 180,000 estadios, según afirman Estrabón y Ptolomeo; otros le dan 216,000, 270,000 ó 225,000; y, por último, Eratóstenes, Hiparco y Estrabón repiten que un círculo

máximo del globo contiene 250,000 ó 252,000 estadios.

¿Deberemos suponer que entre las medidas de la Tierra las había falsas? ¿Ó pueden explicarse esas diferencias por el empleo de un estadio diferente? He aquí planteado el gran problema de cuya resolución depende toda la geografía sistemática de los antiguos. Como quiera, la resolución ha sido vana. Gossellín cree que estas nueve medidas eran exactas, aunque expresadas en estadios diferentes, á saber: la primera en estadios de  $1,111 \frac{1}{9}$ , á uno de nuestros grados del Ecuador; la segunda en estadios de  $833 \frac{1}{3}$ ; la tercera en estadios de 1,000; la cuarta en estadios de  $666 \frac{2}{3}$ ; la quinta en estadios de 500; la sexta en estadios de 600; la séptima en estadios de 750; la octava en estadios de 625; y la novena en estadios de  $694 \frac{1}{9}$ , ó de 700 estadios.

Por conjeturas muy verosímiles alcanza el valor de los tres estadios primitivos: «La división que debió emplearse primeramente,—dice,—es la más sencilla, á saber, la que dividía el globo terrestre en cuatro partes por el Ecuador y un meridiano, lo mismo que la división decimal de cada una de estas cuatro partes en cien grados, la del grado en cien minutos, y la del minuto en diez partes.» En este caso resulta, como veremos, que los centésimos de grado terrestre sirvieron para formar las millas itinerarias, y los milésimos de grado para formar los estadios; de manera que la circunferencia de la Tierra quedó dividida en 400 grados, ó sean 400,000 estadios.

No permitiendo esta división más números enteros que en la mitad, el cuarto del círculo, el quinto y sus submúltiplos, concibióse la idea de dividir el círculo en 300 grados, á fin de que además fuese divisible por tercios, sextos, dozavos, etcétera. Estos grados, que eran un ter-

cio mayores que los primeros, fueron también divididos en ciento y en mil partes, de manera que desde entonces no se atribuyeron al perímetro del globo más que 300,000 estadios.

Observando, finalmente, que el número 360 es susceptible de veinticuatro divisores, y que, por consiguiente, ofrece mayor facilidad en las operaciones, dividióse definitivamente el círculo en 360 grados, que también se dividieron como los anteriores, y así la circunferencia del Ecuador fué apreciada en 360,000 estadios.

Prueba el autor que muchas de las medidas parciales indicadas por los antiguos, en especial en el Oriente, resultan de todo punto exactas si se valúan en estadios de la primera ó de la tercera especie. También demuestra, contra la autoridad de d'Anville, que en muchas medidas parciales tomadas en las costas de Grecia y de Italia, en todo el Mediterráneo y aun en la India, se empleaba el estadio de la novena especie; y demuestra, además, que este estadio, empleado por Eratósthenes, no era el resultado de una nueva medida de la Tierra, sino solamente una combinación particular á los egipcios de una porción de estadio de 300,000, cuyo valor no ha acertado á distinguir; lo cual prueba, añade, que el uso del estadio de 252,000 había precedido en Egipto á la época de la conquista de los macedonios.

En fin, y esta es la más importante de todas sus observaciones, desde el cabo Sagrado (ó de San Vicente) hasta la desembocadura del Ganges, hay una serie no interrumpida de medidas itinerarias, que es de todo punto exacta si se la valúa en estadios de 833 al grado; siendo de notar que en todos los sistemas de los antiguos, empezando por Eratósthenes, dicha línea era considerada como la longitud de la Tierra conocida de occidente

á oriente. En tiempo de Estrabón no era tan conocido el estadio de 500 al grado, pero ya hablaremos de este punto al exponer el sistema de Ptolomeo, donde el uso de este estadio ha introducido tanta confusión.

D'Anville, después de haber comenzado por admitir cuatro especies de estadios, entre los cuales el que llama *pítico* le pareció luego de todo punto inútil, concluye por reconocer tres, á saber: el *olímpico*, de 600 al grado; el *náutico*, de 500; y el *egipcio*, de 1,111; pero conviene con el principio, confesando que las medidas de los antiguos sólo pueden justificarse por el empleo de un módulo diferente. Rennel, Vincent y otros sabios ingleses admiten igualmente el principio, pero sin profundizar sus consecuencias; *Gatterer*, célebre catedrático de Gottinga, había ya reconocido, antes de la publicación de los trabajos de Gossellín, que había estadios de diferentes valores; pero, además del *olímpico* de 600, el *falso olímpico* de 500 y el *egipcio* de 1,100, admite un pequeño estadio griego de 750, que pretende deducir de las medidas de Eratósthenes y de Hiparco.

Muchos sabios geógrafos se obstinan en considerar todas las contradicciones de los antiguos como efecto de las inadvertencias debidas á la imperfección de sus instrumentos y métodos, en prueba de lo cual invocan el expreso testimonio de Marciano y la analogía de semejantes errores entre los modernos. Así es que atribuyen las explicaciones de Gossellín, no tanto á la solidez de su idea principal como á una especie de juego aritmético, pues dicen que en punto á medidas todas las contradicciones han de explicarse sin esfuerzo cuando se confunden estadios que están poco más ó menos entre sí, como 1, 2, 3; pero ¿cómo es posible admitir esta mezcla de estadios en un mismo capítulo, y aun en una misma frase?

Nosotros creemos más del caso adoptar, no sólo el principio de la diferencia de estadios, sino también todas las especies de esta medida que acabamos de indicar. Sin embargo, lejos de ser todas estas medidas puramente astronómicas, como quiere Gossellín, parecen introducidas por los diferentes sistemas de medidas adoptadas por diversas naciones de la antigüedad, es decir, que son *medidas locales*, cuyas verdaderas denominaciones han traducido los griegos por la voz *estadio*, que les era familiar. El estadio egipcio no es más que la sexagésima parte de un *esqueno*, que era una medida muy usada en Egipto; aunque también se citan *esquenos* de 30 estadios, en cuyo caso, si se trata de estadios egipcios, los esquenos serán equivalentes á los *koss* del Indostán. Siendo la milla arábiga de 56 ó 57 al grado, la duodécima parte de esta milla será equivalente al estadio de Posidonio, á 666 al grado. Si, modificando y combinando las valuaciones más verosímiles que se tienen de la *farsang* ó parasanga, contamos 14 de estas leguas persas al grado, la sexagésima parte de la *farsang* ó parasanga será igual á un estadio de 833 al grado, que es el estadio de que al parecer se ha hecho uso para medir la tierra desde el Ganges hasta España. Todos estos indicios que se ofrecen á primera vista inducen á esperar que las investigaciones y los descubrimientos ulteriores proporcionarán el hallazgo de los módulos originarios de las medidas geográficas antiguas.

Conociendo los griegos en tiempo de Alejandro los trabajos de los astrónomos y de los geógrafos del Asia, involucraron algunas veces estas medidas de un valor diferente. En los mapas consignaban una distancia en estadios de 1,111 al grado, al lado de otra distancia calculada en estadios de 500, y ambas á dos se consideraban como si lo fueran en los estadios de 700, empleados generalmente por Eratóstenes, Hiparco y Estrabón. Aun parece que recibieron este estadio, sin que jamás conocieran su naturaleza; mas, si se supone que una nación que hacía uso del estadio de 833 al grado, y que vivía á treinta y dos ó treinta y tres grados al norte del Ecuador, ha querido delinear los países situados bajo los mismos paralelos en uno de los mapas llamados *cartas planas* de que se sirven los navegantes, es claro que, con arreglo á las combinaciones ingeniosamente ficticias de este género de mapas, debía contar por estadios de 700 al grado. Los griegos, que copiaban los monumentos salvados de la reciente destrucción de Tiro y de Babilonia, han tomado, al parecer, al pie de la letra semejante escala, á pesar de ser enteramente convencional.

Gossellín ha probado que desde el *cabo Sagrado* ó de San Vicente hasta *Thinas* ó Tana-Serim, á la otra parte del Ganges, las medidas fenicias ó babilónicas recogidas por los griegos ofrecían una serie de observaciones bastante exactas. Esta serie, tal cual él la ha restablecido, es como sigue:

| Denominación de los lugares                                     | DISTANCIAS                          |                                   |                                 |
|---|-------------------------------------|-----------------------------------|---------------------------------|
|   | En estadios<br>de 833 $\frac{1}{3}$ | En grados<br>bajo el 36° paralelo | En grados<br>según los modernos |
| Del cabo Sagrado al estrecho de las Columnas.                   | 2.000                               | 2° 57' 59"                        | 3° 10' 0"                       |
| Del cabo Sagrado al estrecho de Sicilia. . . . .                | 16.300                              | 24 10 37                          | 24 37 0                         |
| Del estrecho de las Columnas á Rodas.. . . .                    | 22.300                              | 33 4 35                           | 33 15 45                        |
| Del cabo Sagrado á Isso. . . . .                                | 30.300                              | 44 56 35                          | 44 40 0                         |
| Del cabo Sagrado á las Puertas Caspias. . . . .                 | 41.600                              | 61 42 13                          | 61 5 0                          |
| Del estrecho de las Columnas á las fuentes del<br>Indo. . . . . | 52.600                              | 78 1 10                           | 77 42 0                         |
| Del cabo Sagrado á Thinas. . . . .                              | 71.600                              | 106 11 6                          | 106 27 0                        |

Eratósthene despreció la primera y la segunda de estas distancias, conservadas por Hiparco y Estrabón (prueba inconcusa de la ignorancia de los griegos), y

las sustituyó con otras dos, que, en medidas diferentes, expresan poco más ó menos lo mismo, y son como á continuación se expresa:

|  |  |            |                                 |
|--|--|------------|---------------------------------|
| Del cabo Sagrado al estrecho de las Columnas. . . . .        | 3.000 estadios (de 1,111 $\frac{1}{3}$ ) | 3° 20' 15" | Según los modernos<br>3° 10' 0" |
| Del estrecho de las Columnas al estrecho de Sicilia. . . . . | 8.000 estadios (de 500)                  | 21 45 17   | 21 27 0                         |

Habiendo tomado esta supuesta corrección en dos mapas de una escala diferente, Eratósthene, que siempre fué de opinión que los estadios habían de ser

de 700 al grado, dejó establecida, como consecuencia de todos estos errores, la serie de distancias en los términos siguientes:

| Denominación de los lugares       | DISTANCIA DEL CABO SAGRADO |                                   |                                 |
|-----------------------------------|----------------------------|-----------------------------------|---------------------------------|
|                                   | Según Eratósthene          |                                   | En grados<br>según los modernos |
|                                   | En estadios<br>de 700      | En grados<br>bajo el 36° paralelo |                                 |
| Cabo Sagrado de Iberia. . . . .   | 0                          | 0                                 | 0                               |
| Estrecho de las Columnas. . . . . | 3.000                      | 5° 17' 51"                        | 3° 17' 51"                      |
| Estrecho de Sicilia. . . . .      | 11.800                     | 20 50 11                          | 24 37 0                         |
| Rodas. . . . .                    | 25.300                     | 44 40 31                          | 36 25 45                        |
| Isso. . . . .                     | 30.300                     | 53 30 16                          | 44 40 0                         |
| Puertas Caspias. . . . .          | 41.600                     | 73 27 28                          | 61 5 0                          |
| Fuentes del Indo. . . . .         | 55.600                     | 98 10 45                          | 80 52 0                         |
| Thinas. . . . .                   | 71.600                     | 126 25 57                         | 106 27 0                        |

Nuestros lectores, sin exceptuar los que desconocen los principios astronómicos de la geografía moderna, á cuya exposición dedicamos uno de los libros

siguientes, advertirán desde luego la enormidad de las faltas en que ha hecho incurrir á Eratósthene el uso impropio de los mapas fenicios ó babilónicos.